

EL MUNDO ILUSTRADO

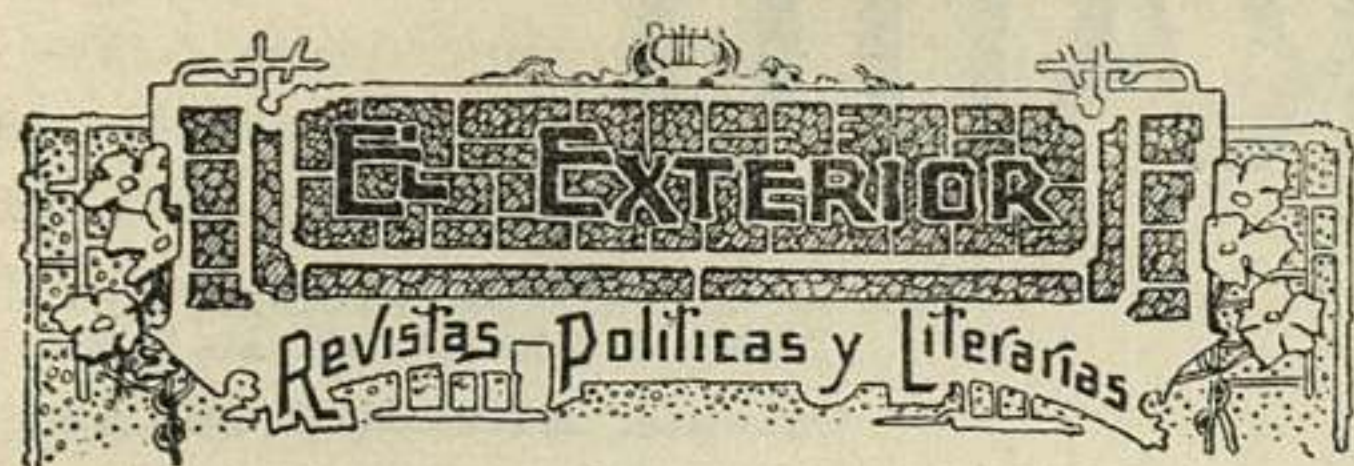
AÑO VII--TOMO II--NÚM. 2
Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNOLA.

MÉXICO, JULIO 8 DE 1900.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEA, \$1.00
IDEM IDEM EN LA CAPITAL, \$1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS



El nacimiento de un genio.



1. Blancos y amarillos.-2. Demócratas y republicanos.-3. París municipal.-4. Un poeta electoral.

1.—Qué diablos hacen los europeos abriendo ó forzando las puertas de China y provocando la formación de una China industrial; poniendo, por medio de los ferrocarriles, en comunicación las dos ó tres ó cuatro Chinas, que en realidad existen en China, y exponiéndose á que dentro de medio siglo domine todos los mercados de Asia, este pueblo, esencialmente industrial y barato, capaz, dicen, de alimentarse con ratas, haciendo una terrible competencia á los gatos, y de dormir, dicen, “doscientos” en donde duermen “dos” europeos; que no adora á Dios, sino al Diablo, siguen diciendo los misioneros (¿por qué no adora á los europeos, á quienes llama “los diablos de occidente?”) Armar para la guerra y para la lucha económica á un centenar de millones de hombres, tal será el indeclinable resultado de la tutela armada que Europa se dispone á ejercitar en el Celeste Imperio. ¿Pero podía evitarlo? ¿Podían evitar los gobiernos que los pueblos codiciaran un gigantesco consumo posible de sus artefactos y una colocación productiva de sus capitales, por la consideración de no sacrificar el presente al porvenir? Imposible; el egoísmo sistemático es la base de todo desenvolvimiento económico, y el interés no ve más allá de una generación; después de esa el diluvio.

Para mí, lo que ha precipitado la acción de los salvajes patriotas chinos, que aspiran al aniquilamiento de los elementos europeos, no es el odio directo á la ingerencia extraña netamente, es el miedo á que esa influencia realmente remueve las costumbres y las creencias de los celestes. Por eso han asesinado tantos centenares de chinos cristianizados; aquí la influencia europea había producido ya su efecto. Por eso pretenden destruir las vías férreas; aquí la influencia se siente próxima.

Muchas concesiones se han otorgado en el imperio; digo mal, ninguna se ha otorgado; el sistema es diferente del que aquí usamos de propiedades temporales por un siglo. El imperio es el que hace construir por su cuenta, por empresarios extranjeros, europeos siempre, y emite con este efecto un empréstito con garantía de las rentas generales del gobierno, y especialmente de las de la línea en construcción, después de cubiertos los gastos de explotación y administración. Muchas son las líneas en proyecto; costarán á Europa unos cien ó doscientos millones, algunas de ellas son difícilísimas. Los franceses proyectan, y han trazado ya, según entiendo, una ferrocarril de su posesión, del Tonkín á la provincia meridional del Yun-nau; otras recorrerán en todas direcciones el inmenso territorio del imperio; Canton y Hon-Kong quedarán unidas, y la riquísima cuenca del Yan-Tzé-Kiang quedará reunida á los límites vagos de la tierra celeste por una serie de redes férreas en proyecto; el Tsong-li-yansu ha obrado cuerdamente, poniendo un “hasta aquí” á las solicitudes de contratos y decretando que no se otorgarán nuevos derechos, mientras las líneas concedidas no estén á punto de terminarse.

Entre los diez mil kilómetros que van á construirse ó están construyéndose, los más importantes son los que recorren la provincia que borda el golfo de Pet-chi-li, en donde está Pekín, y en donde se están verificando actualmente los sucesos que traen á mal traer á los gabinetes europeos. Los rusos piensan unir con su transiberiano la red de Manchuria, región poco poblada, línea medianamente productiva, pero de un valor estratégico de primera importancia; la red del Pet-chi-li es inglesa, y los ingleses tienen la concesión para reunir ambas redes; la que toca á la capital y la que pertenece á los rusos; gracias á esta transacción, no se rompieron las cabezas ru-

sos y britanos hace poco tiempo. Pero las líneas de mejor porvenir son las que van de Tien-Tsin y Peking al valle del Yang-Tzé, al través de la gran llanura china; un sindicato franco-belga está construyendo una de ellas, la que ligará la capital del imperio con Han-Ken, la futura capital mercantil de China, y que está compuesta de un grupo de poblaciones habitadas por tres millones de personas. Las estaciones y los trabajos de esta magnífica obra son quizás los que más están sufriendo en la insurrección.

Lo grave para los fanáticos chinos, es que el pueblo, cuyo horror por los ferrocarriles trató de excitarse por todo extremo, acude en masa á las líneas y se embarca en ellas. Horror; algunos de los letrados de esa junta, ministerio y consejo de Estado, al mismo tiempo que se llama el Tsong-li-yamen, había hecho á las concesiones la terrible objeción de que los cuerpos de los dragones sagrados yacían á flor de tierra é iban á ser profanados por los constructores; otros creían que los ferrocarriles eran inútiles, que los antepasados habían recorrido el espacio con mayor velocidad en carros tirados por sendos pares de fenices (plural de Fénix, el ave que renace de sus propias cenizas, con perdón de Uds.) y que con buscar la receta de renovar estos medios de transporte bastaba.... La emperatriz Tshé-hi, de cuya conducta astuta y cruel, dábamos pruebas á nuestros lectores hace pocos días, pero que no carece de perspicacia, á pesar de su deseo de mantener la preponderancia de los chinos en China, (cosa que pueda que parezca natural á algunos) contribuyó á hacer á un lado estos obstáculos, y los ferrocarriles comenzaron á construirse; el hombre más rico de la tierra Li-hong-Chang, fué el primero que se arriesgó á construir. Y como los chinos son más negociantes que sectarios de Budah ó de Confucio, atestaron los wagones de los ferrocarriles, que comenzaron á ser un buen negocio que atrajo otros capitales europeos.

Para impedir los espantosos males, que de la transformación del pueblo chino, de los Hijos de Han, iban á fluir, se organizó la sociedad de los “boxeadores,” cuyo nombre verdadero es: “I-hoch’uan;” y como estos dos vocablos “patriotas y puños” se pronuncian del mismo modo “chuan,” resulta que lo mismo se dice: liga de patriotas, que liga de los puños, de los “boxers” dicen los ingleses. Esta sociedad es de reciente formación entre los centenares de otras que hay en China, y en realidad, tuvo importancia desde el último golpe de estado antirreformista de la emperatriz Tshé-hi; la regente, lo recuerdan mis lectores, fué la autora de los emperadores de los últimos treinta ó cuarenta años: su hijo muerto en la crápula; su sobrino, que es el actual, y que resultó devoto de los ingleses y de las reformas aceleradas; la emperatriz mató ó hizo huir á los innovadores, aplastó á su hechura el emperador Koang-su, que desde entonces no ha dicho: esta boca es mía, y en virtud de que han pasado cinco años sin que el emperador tuviese herederos, le nombró uno, el príncipe Put-sin, el nieto del feroz príncipe Toan, tío del emperador actual. ¿Este es realmente el jefe de los boxers? Probablemente sí; la verdad es que, á pesar de que la regente no creyó destruir, sino contener el movimiento reformista, las masas populares que siguen como borregos á los patriotas-puños, espantados de la facilidad con que pueden implantarse las reformas y resueltos á no dejar que se hiciera un nuevo ensayo, han recibido admirablemente el impulso y están destruyendo cristianos, ríeles y plenipotenciarios á porfía. Desgraciadamente se ha confirmado el horrible asesinato del Sr. de Ketteler, y se sabe que las legaciones y sus habitantes están á punto de sucumbir, si no han desaparecido ya, según afirman los últimos telegramas.

¿Este hecho dió el poder al príncipe Toan? Muy probable es, y la noticia de la toma de Takú debe de haberlo consolidado en él. Parece que el emperador y la regente están reducidos á la impotencia, y Toan, los reitres de Tung-fusiang, que son su guardia, y las hordas borrachas de sangre reinan en Peking. Los europeos visto está, no pueden antes de un mes poner sobre la capital las fuerzas necesarias; los rusos, que son quienes pueden más, pueden poco. Los japoneses son los únicos que pueden rápidamente

enviar sesenta ú ochenta mil hombres á Takú; y es muy singular que la civilización europea, tenga por mandatario á un pueblo no cristiano.

Nobles son las palabras que el Emperador Guillermo ha hecho oír á los batallones de marinos que salen para China; recordábamos al oírlo, su famosa pintura alegórica, en que representaba á las naciones europeas marchando sobre la civilización amarilla; su presentimiento o su profecía se va á cumplir; sólo que la vanguardia de los blancos será amarilla también.

2.—Los periódicos norteamericanos de la semana, dividen su material de sensación entre el incendio naval de New York, las noticias de China y la Convención democrática de Kansas. Aunque el futuro presidente no entrará en funciones hasta el 4 de Marzo de 1901, y aunque la elección no se verificará hasta Enero, los partidos necesitan con medio año de anticipación, escojer sus sendos candidatos y fijar sus programas ó plataformas para preparar la elección de los 450 (poco menos) electores que, según la Constitución, deben nombrar al Presidente y Vicepresidente. Los partidos siguen siendo principalmente dos, puede decirse exclusivamente dos, tanta así es su superioridad de representación sobre los otros. Hay un partido socialista, mejor dicho, una fracción del socialismo que rehúsa la alianza con las grandes fracciones políticas; el partido populista, como allí se llama; hay otro que tiene todas nuestras simpatías, el de “la prohibición de los licores fuertes;” pero el primero de estos minúsculos grupos cuenta 200,000 electores y 130,000 el segundo, ¿qué son en comparación de los 14 millones con que cuentan y que se disputan republicanos y demócratas? Vistos desde lejos estos catorce millones de electores, se distribuyen por masas iguales entre los dos campos; pero de cerca hay que tener en cuenta las fracciones excedentes del uno sobre el otro y que son decisivas, tratándose de sufragios. Cuando triunfó hace algunos años el partido demócrata con el excelente Sr. Cleveland, por candidato, su mayoría fué de 86,000 votos; pero Mr. McKinley y los republicanos triunfaron hace cerca de cuatro años, con una mayoría de 612,000 electores de primer grado.

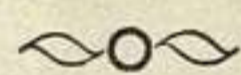
Recuerdan mis lectores que aposté con ellos á que si el afortunado McKinley tenía la buena suerte de ver concluida ó á punto de concluir la campaña de Filipinas, sería indudablemente escogido por la convención de Filadelfia, y que luego triunfaría en la elección; así quedaría sancionada la política imperialista, la que siguiendo el consejo dado no há mucho á los franceses por Brunetiére, afirma que para ser una potencia económica de primer orden, un estado necesita ser una potencia militar de primer orden también; y esto parece una paradoja; ¿no es cierto? Tanto capital inutilizado ó esterilizado por el impuesto para mantener á tantos hombres arrancados al trabajo productivo, son fenómenos de patología social, y yo creo que el siglo XIX pudo haber realizado la mitad de la obra dejada al siglo XX, si hubiese podido disponer de las energías amortizadas en el régimen de paz armada. Pero los angloamericanos, en su mayoría, al menos, ven las cosas de otro modo por hoy, dominan inmensos mercados en Asia y Australasia, preponderan en los latino-americanos, ese es su norte económico, y para ello necesitan ensanche militar, es evidente; pero esta inutilización del pueblo norteamericano es tan facticia, tan contraria á su índole y al espíritu de sus instituciones, que allí lo son de veras, porque han nacido de su raza y de su historia, que alguna vez vendrá una reacción gigantesca contra la tendencia actual y caerá por tierra el ídolo de fierro y oro. Pero esto está muy lejos: el espacio de tres ó cuatro períodos presidenciales. Entretanto, precisa confesarlo, el partido democrático insiste en hacer la olla gorda á Mr. Mac Kinley, escogido como el más conspicuo representante de la idea imperialista, y á Mr. Roosevelt, escogido como el más genuino tipo del imperialismo en acción.

Al escribir estas líneas no conozco el programa de la Convención de Kansas; pero el telégrafo nos informa que un grupo, director de primera importancia, al que pertenece el infatigable Mr. Bryan, ha resuelto mantener en todo su rigor en la plataforma, el principio bimetalista y la libre

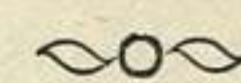
acuñación de la plata. Es este un error; si tal plataforma es admitida, probablemente el candidato escogido será Mr. Bryan, que con este motivo se creará obligado á pronunciar de aquí á fin de año quinientos discursos; (y me pregunto lleno de terror ante esa formidable elocuencia rotativa, ¿no será el mismo discurso, quinientas veces repetido?) Y perderá; la misma coalición de los elementos ricos del alto comercio y la alta industria que rechazan con todas sus fuerzas el establecimiento legal del bimetalismo, la cadena del uno-diez y seis, como ellos dicen, que estorba todas sus operaciones y limita todas sus ganancias, dará el triunfo á los republicanos, aun haciendo á un lado el imperialismo que ha trazado hondos surcos en la masa democrática, y aun haciendo á otro lado las divisiones personales en el grupo democrático neoyorquino, entre Mr. Croker, jefe del Tammany-Hall y Mr. Hill, el "leader" de los demócratas rurales.

Los demócratas tienen sus principales esperanzas en el Oeste; con el Sur cuentan; vencidos por el esfuerzo de los republicanos en la guerra de secesión, conservan su fidelidad al programa democrático, enemigo del centralismo y del ultraproteccionismo del Norte, y votan por el programa y el candidato como un sólo hombre. En el Oeste, eminentemente agrícola y opuesto por ende á las tarifas que han creado la potencia industrial norteamericana y la formidable plutocracia, que era su indeclinable consecuencia, á expensas de la plenitud del desenvolvimiento agrícola y minero del Oeste. Pero los republicanos tienen más dinero y más poder y triunfarán, en él están, en él quedarán.

Recuérdese que no hace mucho transcribimos una carta bastante sensata, por cierto, de uno de los cienmillonarios americanos, Mr. Carnegie, que proponía á los demócratas, aplazar el programa bimetalista y concentrarse en el anti-imperialista que consideraba salvador. Tal vez esto habría sido lo cuerdo; quizás no lo han juzgado posible los jefes del grupo democrático en vista de las exigencias del Oeste.



3.—¿Qué habrá dicho el insigne Julio Lemaitre, metido á político, de las primeras sesiones de su adorado consejo municipal de París, el flamante consejo que consideraba una escoba que barrería "al sindicato Waldeck-Rousseau Millerand" y que le hacía exclamar: "por fin, París torna á Francia?" En primer lugar, la tan decantada mayoría nacionalista se ha desvanecido, según parece, y los más celosos de entre ellos se han unido á los socialistas para votar ¿qué cosa? Una terrible censura de anarquistas contra los prefectos allí presentes, del departamento y de la policía, una censura contra el orden público. "Muy bonitos sentimientos," como suele decir un poeta amigo mío, que todavía no es decadente. Y en segundo lugar, un voto contra la libertad de enseñar, consentida á las congregaciones religiosas no autorizadas por la ley; idea bastante parecida á alguna que sostiene y prohija el sindicato que Lemaitre odia. ¿Qué tal? Un voto contra el orden y otro contra la libertad, "pas mas" dirá Millerand; pero qué dirán, repito, el espiritualísimo autor del "matrimonio blanco" y su colega, ese amable y delicioso poeta suavemente inclinado hacia el sacristanismo, que se llama Francisco Coppée? Pronto lo sabremos.



4.—Lo que sí sabemos ya, es lo que dice otro poeta-político, Gabriel D'Anunzio, derrotado en las últimas elecciones de diputados en Italia. Es un hombre tremendo el joven autor de "il Piacere" y de "il Fuoco;" pocos días antes de la elección, se había batido á sable con un adversario político y le había partido la figura de un tajarrazo. . . . Y fué á los comicios y dirigió la palabra á los representantes de los colegios electorales florentinos en estos magníficos términos: "libres ciudadanos de Florencia, joven fuerza prometida á la grande obra que se prepara, súbita y vivaz primavera abierta há poco dentro y fuera del círculo antiguo (?); vos, pueblo de S. Juan, seguros amigos míos, que habéis conquistado el honor de la gran jornada por un asalto más glorioso que una victoria; vos, pueblo de Santa María Novella, primer nervio de la guerra, que

habéis defendido con ánimo tan entero el campo en que habíais plantado vuestro estandarte; y vos pueblo de Santo-Spirito. . . . y vos, en fin, pueblo de Santacroce, nuestra suprema esperanza, falange selecta á quien se ha confiado un nombre puro, brillante y ardiente como un estandarte rojo desplegado bajo el sol florentino; vosotros todos, ciudadanos de Florencia aquí congregados, recordad que esta velada de armas "es más solemne que aquella en que nos contamos y miramos frente á frente nuestra fortuna; recordad que es preciso no dar ni tregua ni cuartel al enemigo, sino vigilar siempre, ponerlo á prueba, perseguirlo; recordad que es preciso sorprenderlo al poner su mano en la. . . en el cielo, que manipula con tanta insolencia y arrojársele á la cara y mostrar de nuevo que su villanía sólo es comparable con su miedo y nuestro desprecio." Y refiriéndose al David esculpido por Miguel Angel, estatua muy popular en Florencia, el poeta concluye con este símbolo: "Cuando, ¡oh! ciudadanos libres, con todas vuestras fuerzas en un segundo asalto reunidas, hayan plantado vuestra bandera sobre entrambos campos, comenzarán vuestros nuevos destinos; y podréis en guisa de presagio, arrancando de su triste nicho oculto al joven héroe por Miguel Angel esculpido, conducirlo á la alegría y á la gloria de vuestra primavera." ¿Qué os parece? No, discurso político, no es este; discurso electoral, tampoco; diremos poema-oratorio electoral. ¡Oh! los poetas políticos son siempre jóvenes, muchas veces de jóvenes se quedan, cuando los otros han seguido vida adelante; entonces son jóvenes antiguos; D'Anunzio dentro de veinte años, que tendrá cincuenta, será siempre el joven héroe que vive en la alegría y en la gloria de la primavera.

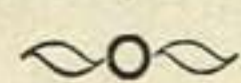
Justo Sierra.

Un concierto de Campa en París

El martes 12 de Junio, en la Sala Pleyel de París, como quien nada dice, en un verdadero santuario del arte lírico, el maestro Gustavo Campa, crítico musical de "El Mundo," y compositor exquisito, celebró un festival suntuoso y significativo é hizo oír una serie de sus composiciones.

Nada más atrevido que tamaña empresa. El público parisiense es de tal índole, que todo lo que no es francés, le parece sospechoso; que á todas las reputaciones extranjeras lo dejan frío, que toda trompa de la fama le parece insonora, sino está afinada con el "la" parisiense y con el diapason francés.

Las contadas celebridades extranjeras que han hecho aquí carrera y conquistado lauros, en ciencias, artes, industria y política, han necesitado, ya de padrinos influyentes y de alto carácter, ya del bombo ensordecedor del cuarto poder. Eleonora Duse, para pisar con éxito la escena parisiense, hubo de apoyarse en el brazo delicado, pero poderoso de Sarah Bernhardt; María Guerrero se protege contra la crítica con el penacho blanco y el espadón desmesurado de Cyrano de Bergerac, es decir, de Coquelin; Gabriel d'Anunzio y la bella Otero han tenido que desbaliar, el uno á la literatura francesa, la otra las joyerías de la Rue de la Paix, para hacerse admirar y aplaudir; la bella Guerrero paga á las modistas de la Rue Royale en buenos luises los aplausos que cosecha en Folies Bergère y en Parisiana, y el tenor Alvarez, de la grande Opera, ha tenido necesidad de cantar gangoso y sin expresión, a la usanza de aquí, para hacerse aceptar en el "sancta sanctorum" del arte lírico.



Los elementos de éxito en París, para un artista extranjero, son: el "cuarto poder," al que hay que adular, el faubourg St. Germain, al que hay que cortejar; el Jockey Club, al que hay que agrandar, y el comercio parisiense, al que hay que pagar. Campa tiene la nulidad de no saber ni adular, ni cortejar, ni lisonjear, y á mayor abundamiento, la de no tener con qué pagar aplausos ni rimbombantes réclames.

Tal parecía, pues, que su concierto estaba llamado á un fracaso cierto y á un fiasco ruidoso. El Ricardo Castro y el intortunado Felipe Villanueva, son los solos, los verdaderos grandes compositores que México tiene, y acaso ha tenido. Pero el mérito, aquí, necesita muletas, carretillas, "vejigas para nadar," alas de periódico para volar, y con nada de eso contaba Campa.

No obstante, se lanzó. Nobleza obliga, se dijo á sí mismo. Nuestros industriales exhiben sus artefactos, nuestros agricultores sus productos, nuestros pintores sus cuadros, nuestros escultores sus estatuas. Fuerza es que yo haga oír mi música.

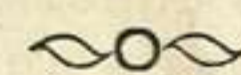
Y la hizo oír y aplaudir. ¿Con qué elementos? Con su fe. ¿Con qué recursos? Con su energía. ¿Con qué esperanzas? Con ningunas.

Sin levantar mano, con infatigable ardor, organizó una magnífica orquesta, reclutó pianistas y cantantes, se allegó el concurso de Gustavo Bernal, nuestro gran barítono, de Nervo y Quintanilla que recitan admirablemente, y presentó batalla cuerpo á cuerpo y frente á frente.

La composición del programa fué selecta y el desempeño irreprochable. Los cantantes y ejecutantes franceses percibieron desde el primer ensayo que Campa es un compositor á la vez sentido, profundo y sabio; que procede en línea directa de la escuela francesa, por Massenet y Saint Jaens sus maestros; y, en línea colateral, de Alemania, por Wagner, su ídolo. Y no bien se penetraron de la significación de la obra de Campa; no bien la sintieron impregnada del numen moderno y del genio francés, ellos, que creían encontrarse frente á una música de "derbanka" y de "fantasia," ridícula y exótica, al oír aquella armonización sabia, aquella contrapuntística exuberante, aquella instrumentación original y rica, saludaron con sinceridad y entusiasmo al joven maestro.

La ejecución fué un triunfo; el público era en parte mexicano; pero era también, y principalmente, francés. Los anuncios rezaban: "maestro mexicano" y el novelismo parisiense, que quiso gustar de aquel manjar extraño y exótico, se presentó en la sala Pleyel con esa sonricilla escéptica que adopta el francés ante todo lo que no es parisiense. Pronto se borió de todos los labios. No bien resonó la "Danse Ancienne" en todos aquellos "boulevarderos" y conocedores, hastiados de todo, estalló el entusiasmo. Querían exotismo y arcaísmo y fueron servidos á su gusto; el exotismo y el arcaísmo de los ballets de las Heredias de Massenet y de los de Enrique VIII de St. Jaen, sabio verdadero, rico y sonoro que resucita el pasado y evoca los paisajes y los panoramas lejanos y extraños.

Campa, deseoso de ostentar su talento en la multiplicidad de sus formas, hizo ejecutar después su "allegro appassionato" á dos pianos. Con él conquistó fama de músico sentimental y más que sentimental, pasional. Luego, empuñando la lira de Gluck y de Majark, nos retrotrajo á los "minuets," á los "cantos con variaciones" de la edad de oro de la música de cámara; nos hizo soñar con su "Reverie," toda inspirada en Wagner, y gemir, llorar, y amar con su estupendo poema de amor, en el que hay una "aubade" magistral, fresca como el musgo, y aromática como el tomillo, y un dúo de amor en medio del cual se destaca una frase digna del autor de Tristán é Isolda.



Un triunfo! y un triunfo en París! bien lo merecía el soñador solitario y austero, sacerdote de su arte, propagandista ardiente, maestro concienzudo, melancólico como Mozart, que nadie nos sospechaba, y que París ha ungido maestro.

Un triunfo! y un triunfo de México, que hay que agregar á otros muchos que nuestro país ha obtenido y obtendrá aquí. Yo hubiera querido ver la cara de los que dicen que nuestro gobierno vacía las cajas para que aquí huelguen y paseen ociosos y disipados, que nada hacen, nada emprenden, y nada logran en bien del país! Dejémoslos decir y trabajemos en nuestra línea como Campa en la suya, por prestigiar al país y darlo á conocer en lo que puede y en lo que vale.

UN RECUERDO DE VIAJE.

Hace algunos años, al volver de Francia, me detuve en una ciudad de Castilla, dejando en ella el ferrocarril por una mala diligencia que había de conducirme hasta un pueblecillo, á donde me llevaba la afición que tengo á cuadros viejos, cuando son buenos, y antiguallas, si tienen de notable algo más que la edad.

Era ya en los últimos días del verano y al caer la tarde; el sol, que parecía despedirse haciendo alarde de sus fuerzas, brillaba inusitadamente, iluminando con su dorada luz las quebraduras de las peñas que, como festones de granito, limitaban por ambos lados el camino que recorríamos envueltos en una nube de polvo y moscas; llegaban al oído, confusos y mezclados, los gritos del zagal, el cascabeleo de los collares de las mulas y las maldiciones de los pasajeros, presos entre tablas, que parecían pugnar por separarse, poniéndonos á



cada bache, que producía un tumbo, en peligro de cortarnos la lengua con nuestros propios dientes á poco que nos descuidáramos.

Hubo una cuesta donde la carrera fué vertiginosa; los árboles inmediatos á la carretera pasaban junto á las ventanillas del coche como huyendo de él; los chicos de las aldeas que atravesábamos intentaban en vano subirse á la trasera; las aves de corral escapaban atemorizadas al sentirnos; las mulas corrían y corrían; la diligencia iba, en fin, más de prisa que pensamiento de ambicioso. Al llegar á un pueblecillo hicimos alto, y cuando ya el mayoral empezaba á impacientarse porque no salía el relevo de las cuadras, nos dijeron que aún tardaría el coche más de un cuarto de hora en poder arrancar de nuevo, pues no esperándole tan pronto como había llegado, estaban todavía las mulas en una era que distaba de allí dos largos tiros de fusil.

Pregunté entonces si había en el lugar algo notable que ver; dijéronme que no, y eché á andar por gusto de estirar las piernas, como para convencerme de que todavía estaban en buen uso y sabían su oficio.

El pueblo valía poco; no había en él ni un solo edificio digno de citarse; era triste y miserable, pero en las afueras se veían, como tendidas en la falda del cercano monte, algunas quintas de recreo que, ocultas entre copados árboles, dejaban adivinar la comodidad y la riqueza. Dirigíme hacia la más cercana, y ya próximo á ella, al torcer un brusco recodo del camino, me hallé junto á las tapias del cementerio; de suerte que, dejando á mi espalda la pobreza por ir en busca del bienestar y la fortuna, vine á dar con la muerte, cosa, si muy frecuente, menos triste de lo que parece.

Cuatro muros de tierra parda y deleznable limitaban el sagrado recinto; empujé la puerta, sobre la que había una cruz de madera tronchada por

los vientos y entré. Todo era humilde y pobre, pero solemne y elocuente; que cuanto más desnuda de grandezas aparece la muerte á nuestros ojos, más impone. Ni había largos epitafios, ni sepulcros de bronce, ni columnas de jaspe, sino cruces de palo clavadas en la tierra, calma, silencio, soledad augusta, y luego, ocultas entre la verde alfombra de yerbajos que cubrían las tumbas, millares de esas florecitas tristemente amarillas, que, como hijas del llanto, sólo en tales lugares crecen, y rojas amapolas, que en aquel sitio semejaban manchas de sangre derramada en las luchas de la vida.

Como si se hubiera querido hacer allí palpable la hermosa idea de la igualdad humana, casi todas las tumbas eran en su pobreza parecidas; quizá por esto mismo, ó tal vez por su mayor altura, me llamó la atención una que consistía en una cruz de mármol basada sobre losa de granito; las lluvias habían arrastrado sobre la piedra sepulcral la bastante tierra para cubrir una inscripción brevísima, de la cual podía solamente leerse esta fecha: 1860.

Colgadas de los brazos de la cruz veíanse seis coronas de siempre vivas, de las que muchas desmentían su nombre por lo secas; la primera, contada de izquierda á derecha, estaba completamente destruída, era el esqueleto de una corona; sólo quedaba de ella ese rollo de pajas que unos revisten de florecitas con la mayor indiferencia para que otros lo depositen llorando ante un sepulcro; en sus cintas apenas podían ya adivinarse los guarismos que componían esta cifra: 1861; la segunda también ajada y seca, decía: 1862; la tercera, descolorida y pálida, deshecha y maltratada por los vientos, correspondía á 1863; en la cuarta, conservada más entera y con más color, los números se leían aún perfectamente: 1864. La última, casi lozana y fresca todavía, era del año siguiente. El aire las hacía temblar, moviéndolas pausada y dulcemente, como si forcejearan queriendo detener ante aquella piedra, caldeada por el estío, las frescas brisas de la tarde; el sol poniente parecía volverlas el color perdido; nada se oía en torno, ni el chirrido de los animalillos estivales, ni el bullicio de las cercanas eras, ni aun el blando aleteo de los pájaros que, faltando la luz, venían medrosos á esconderse en los resquicios del tejadillo de la puerta, mientras yo pensaba, mirando aquel sepulcro: "Aquí yace uno que todavía vive en la memoria de otro."

Pero noté en seguida, que si la última corona correspondía á 1865, eran ya pasados algunos años, y aquella mano cariñosa no había venido, como antes, á dejar sobre los brazos de la cruz ninguna nueva prueba de que fuese la fiel ejecutora de lo que un alma triste la ordenaba.

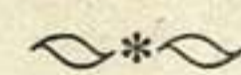
El dolor y el recuerdo son perfumes de los que cada hora nos arrebatan un átomo; llega un día en que la mente olvida, se debilita la memoria, y como una tinta pálida, se funde en otra más caliente, se truecan en tristeza los dolores; al padecer intenso sucede la melancolía plácida y tranquila; y como lo blanco se hace sonrosado, lo rosado carmín y lo carmín rojo, la alegría renace dejando apenas una reminiscencia vaga de que se ha sufrido, un confuso rumor de haber amado que percibimos, como si al corazón llegaran los ecos de voces conocidas y ha mucho tiempo no escuchadas. Esto es lo que aquí ha sucedido: quien se quedó ha olvidado á quien se fué, y el año en que

la nube del dolor se ha disipado al recibir el beso consolador de la alegría, los brazos de la cruz han esperado en vano una nueva corona; la tierra se ha extendido sobre la piedra libremente, y ahora el muerto lo está en verdad y sin remedio; pero antes no, que mientras alguien los recuerda, los muertos viven. Dentro de poco el afelpado musgo echará raicillas en los huecos de las letras grabadas, borrándolas enteramente, y entonces todo habrá concluído.

La luz iba faltando, y la curiosidad me atenaceaba por saber una cosa vulgar hasta no más: la eterna historia de uno que se muere y otro que lo olvida.

Expiraba la tarde; las temblorosas sombras de los altos cipreses envolvían la cruz como una gasa fúnebre, cuando al mirar fijamente aquel sepulcro, creí ver su piedra transparentarse y moverse, ofreciendo el obscuro fondo de la tierra á mis ojos atónitos, como un extraño kaleidóscopo cuyas visiones fueron el espejo en que se reflejaba lo que mi fantasía iba forjándose. La losa de granito fué tomando los brillos de un cristal que conservaba la forma de la lápida, y por bajo de ella cruzaron ante mí escenas no ocurridas, con que yo pretendía fingirme lo que quería adivinar.

Y creí ver explicadas las seis coronas de mil modos distintos.



Ví brillar las primeras miradas que llegan hasta el fondo del alma y no quieren salir jamás de allí; los primeros suspiros que se beben como algo nuevo que nos da la vida; las citas á esas horas que tardan tanto en llegar y que se van tan presto; las veladas de amor con sus estrellas en el cielo y con sus besos en la tierra, y esas miradas de esperanzas y dulces inquietudes con que el cariño se alimenta, y las promesas que se hacen sin saber cuándo se podrán cumplir.

Luego, tomando rumbo distinto mis antojos, ví un poema de paz y de dulzura donde lo había visto de pasión ardiente y loca.

La madre jugando con el niño, que enredaba sus temblorosas manecitas entre las anchas y robustas trenzas de una cabeza bañada en los arreboles de luz que esparce en torno suyo la alegría; los pasos inciertos; las primeras caricias hechas por el hijo, como obedeciendo á un instinto, y recibidas por la madre como aspirando un perfume; las primeras balbucientes palabras, antes que dichas por el labio, adivinadas por la impaciencia del deseo. . . y luego la sepultura, las seis coronas, y el problema en pie. Aquello era la novela de un alma que había amado, y se veía olvidada, algo que hacía sentir el frío de la muerte en las entrañas; era mirar la tumba de uno mismo, leer en su propio porvenir, hundir la vista en lo futuro y ver el nombre borrado, la lápida invadida por las plantas, las coronas marchitas, y por cima de todo la mano del olvido, dejando caer cada segundo un átomo del polvo de la nada sobre el recuerdo de nuestra existencia.

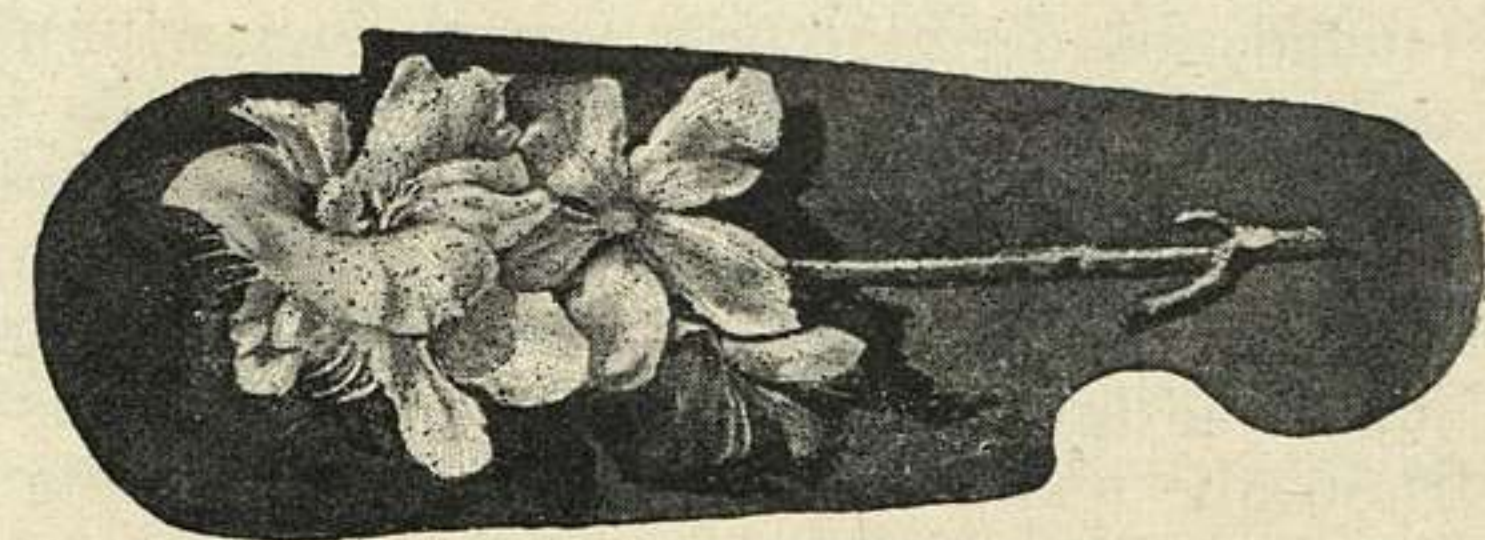
Amante ó madre, hombre ó mujer, el vivo había muerto ó el muerto estaba ya olvidado.

Cerrada la noche, volvíme triste y pensativo hacia el lugar; monté en el coche, que partió arrastrado al galope de las mulas, y mientras tuve fija en la memoria la imagen de lo que creí ver y lo que ví, hubiese dado cuanto tenía por saber la historia de las seis coronas.

Pero de allí á poco, y pensándolo bien, hubiera dado lo mismo por seguir ignorándola, y ahora prefiero á la realidad horrible con que pudiera tropezar el antojo de mi imaginación.

Quiero creer que los muertos eran dos.

Jacinto Octavio Picón.

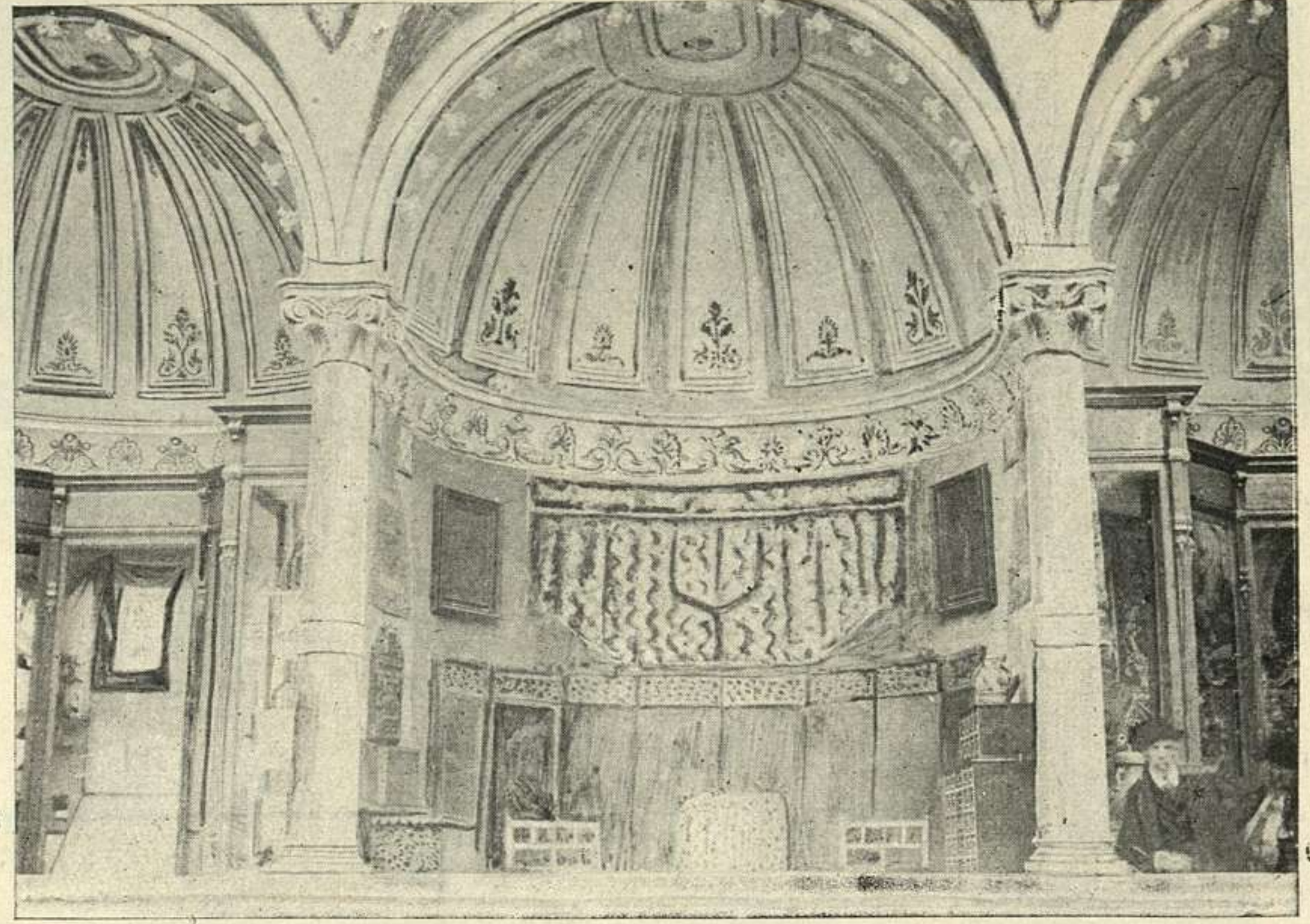


Interiores del PABELLÓN DE MEXICO

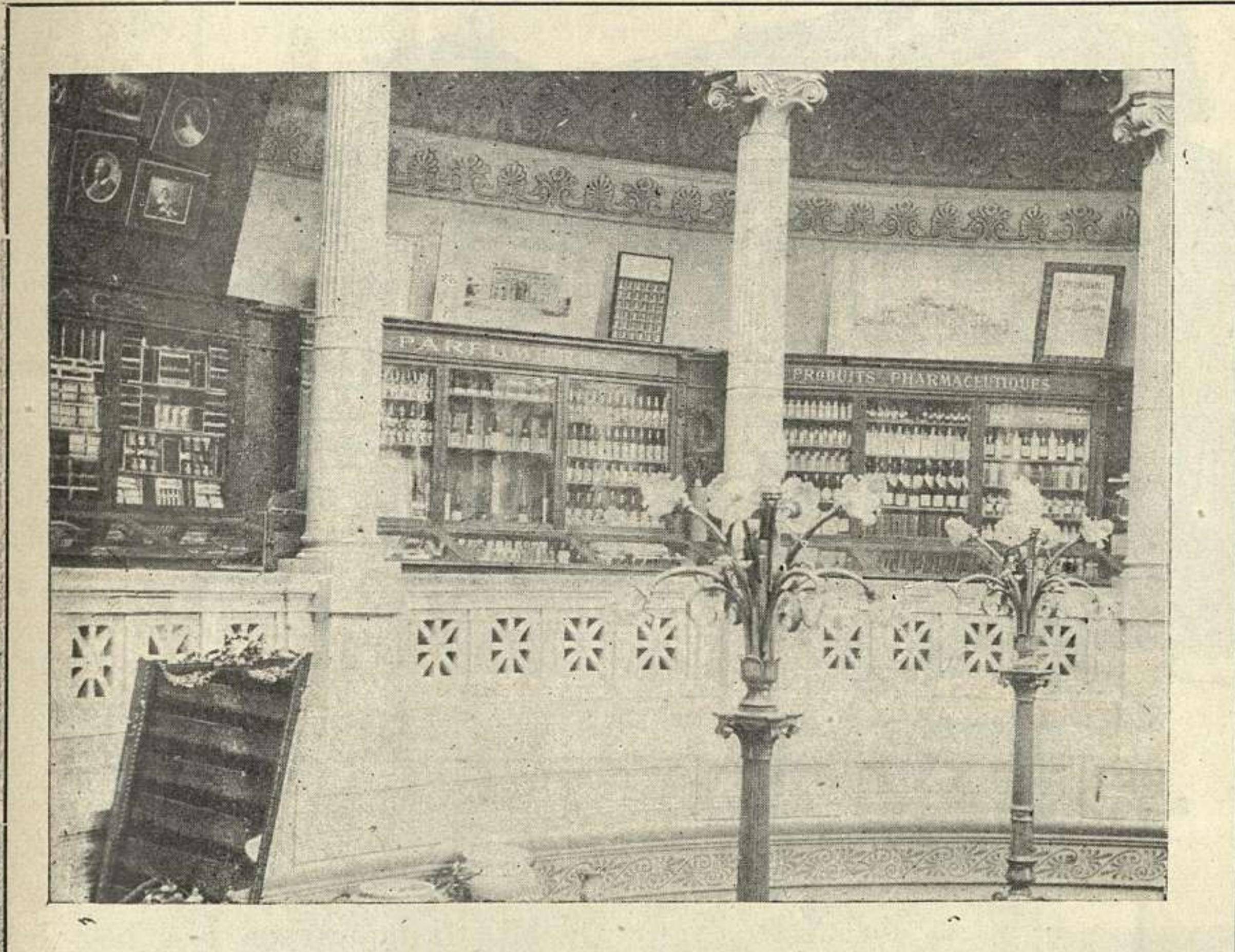
EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS



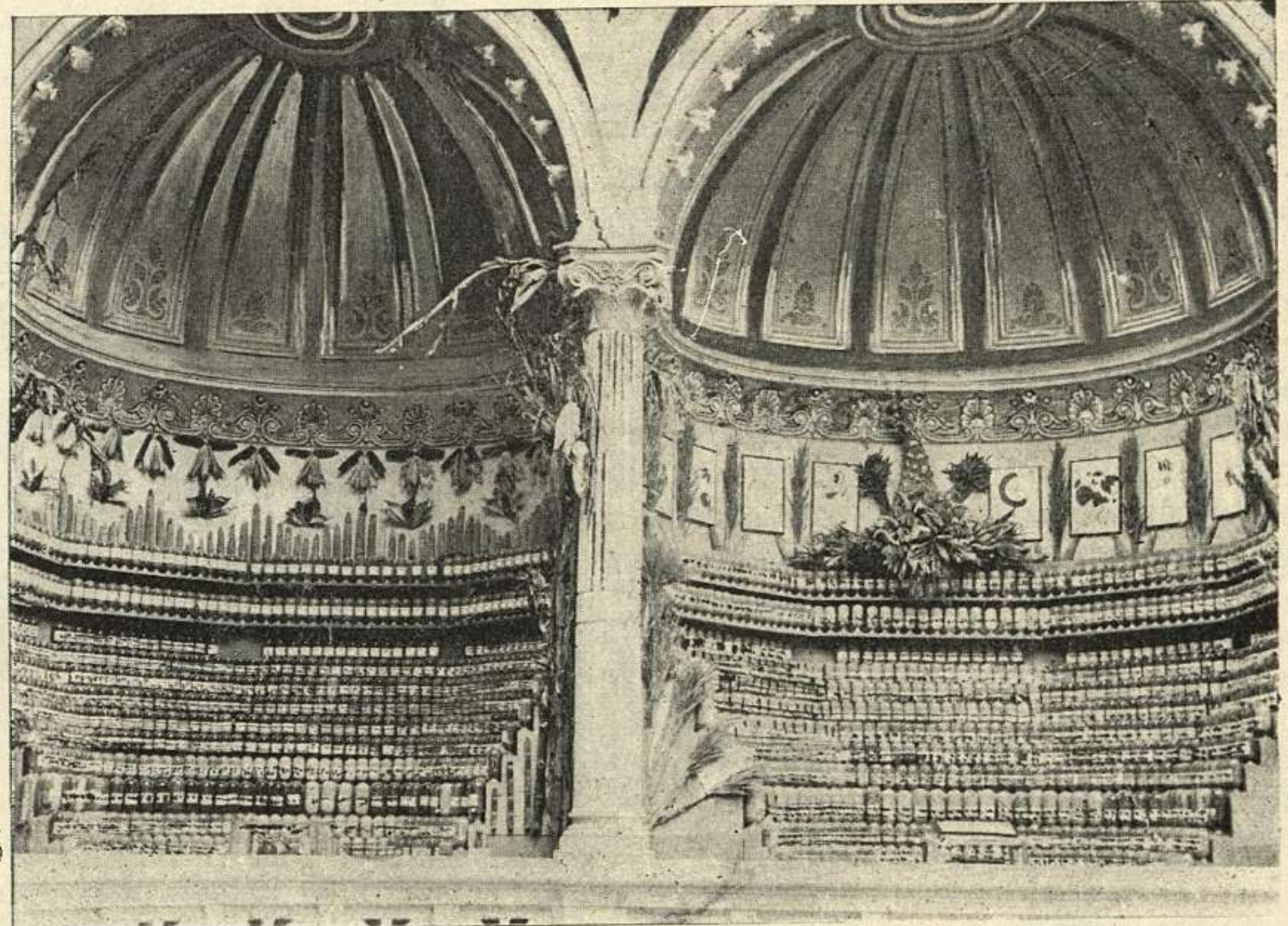
Exposición de Bellas Artes.



Exposición retrospectiva.



Exposición de tabacos, productos químicos y perfumería.



Fots. de Manuel Flores, hijo.

Exposición de granos y semillas.

NUESTROS GRABADOS.

EL NUEVO PRESIDENTE MUNICIPAL DE PARÍS.

Publicamos, por ser de gran oportunidad, la fotografía de M. Grébauval, nuevo Presidente del Consejo Municipal de París.

El señor Grébauval, tiene sólo cuarenta y dos años. Nacido en Amiens, se dedicó al periodismo en su tierra natal; después fué á París, donde tomó una activa parte en el movimiento boulangista.

El señor Grébauval, que ha merecido el importante cargo que se le acaba de dar, ha consagrado sus inteligentes estudios con particularidad á los asuntos financieros y tres veces ha sido informador del presupuesto. En sus ocios, se ha dedicado al periodismo satírico atacando á la administración en un diario de la tarde. El señor Grébauval se ha dedicado también á la literatura, habiendo publicado un libro titulado: "Los Enfermos."



M. Grébauval.—Presidente del Consejo Municipal de París.

LA EXPOSICIÓN DE PARÍS.

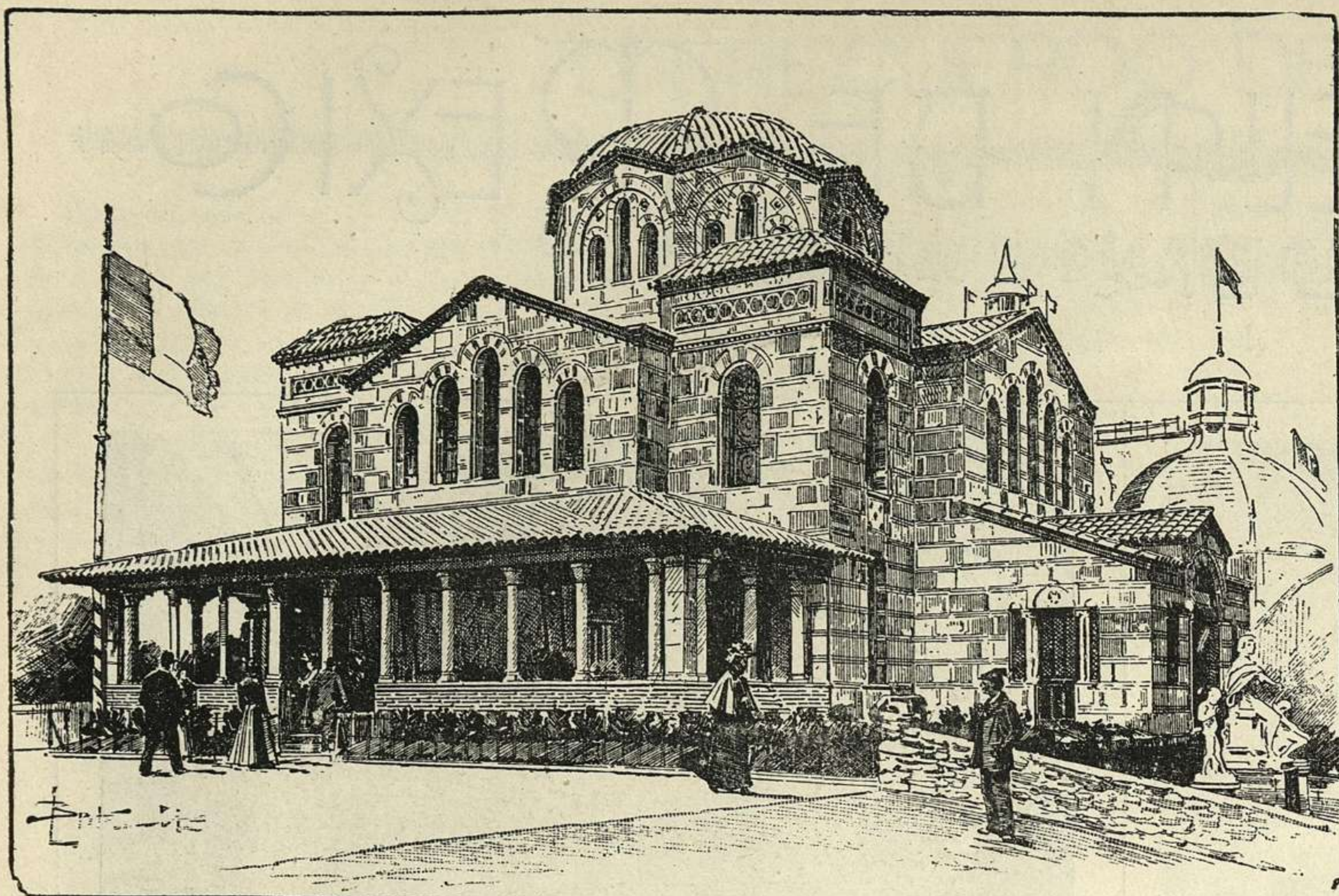
AUSTRIA.

Dos de los pabellones extranjeros alineados sobre el Sena, afectan exteriormente el aspecto de

casas particulares, habitables, y de una riqueza no muy excesiva: el de la Gran Bretaña y el de Austria. El primero es, en efecto, habitable; su disposición interior no desdice lo que sus fachadas hacen preveer.

El exterior del pabellón Austriaco, obra de un inteligente arquitecto, es, por el contrario, engañoso á la simple vista. El arquitecto, habiendo querido edificar al borde del Sena una construcción enteramente vienesa, no hubiera podido encontrar nada tan característico como esa adaptación de los motivos arquitectónicos de la Winter Reitschule (Casa de Invierno), una de las construcciones de la Hofburg. La envoltura exterior es la importante; el mencionado arquitecto, la construyó á su fantasía y en seguida se las compuso lo mejor que pudo para alojar allí la exposición oficial austriaca.

Los pabellones del Austria, de la Hungría y de la Bosnia Herzegovina, están agrupados; pareció necesario construirlos muy diferentes los unos de los otros, á fin de marcar bien la diversidad de origen de estos tres países reunidos políticamente. Los tres arquitectos han obtenido sin trabajo este resultado: el castillo bósnico, la habalia húngara y el hotel austriaco, ponen á los ojos del visitante una imagen fiel, si no comple-



Pabellón de Grecia.

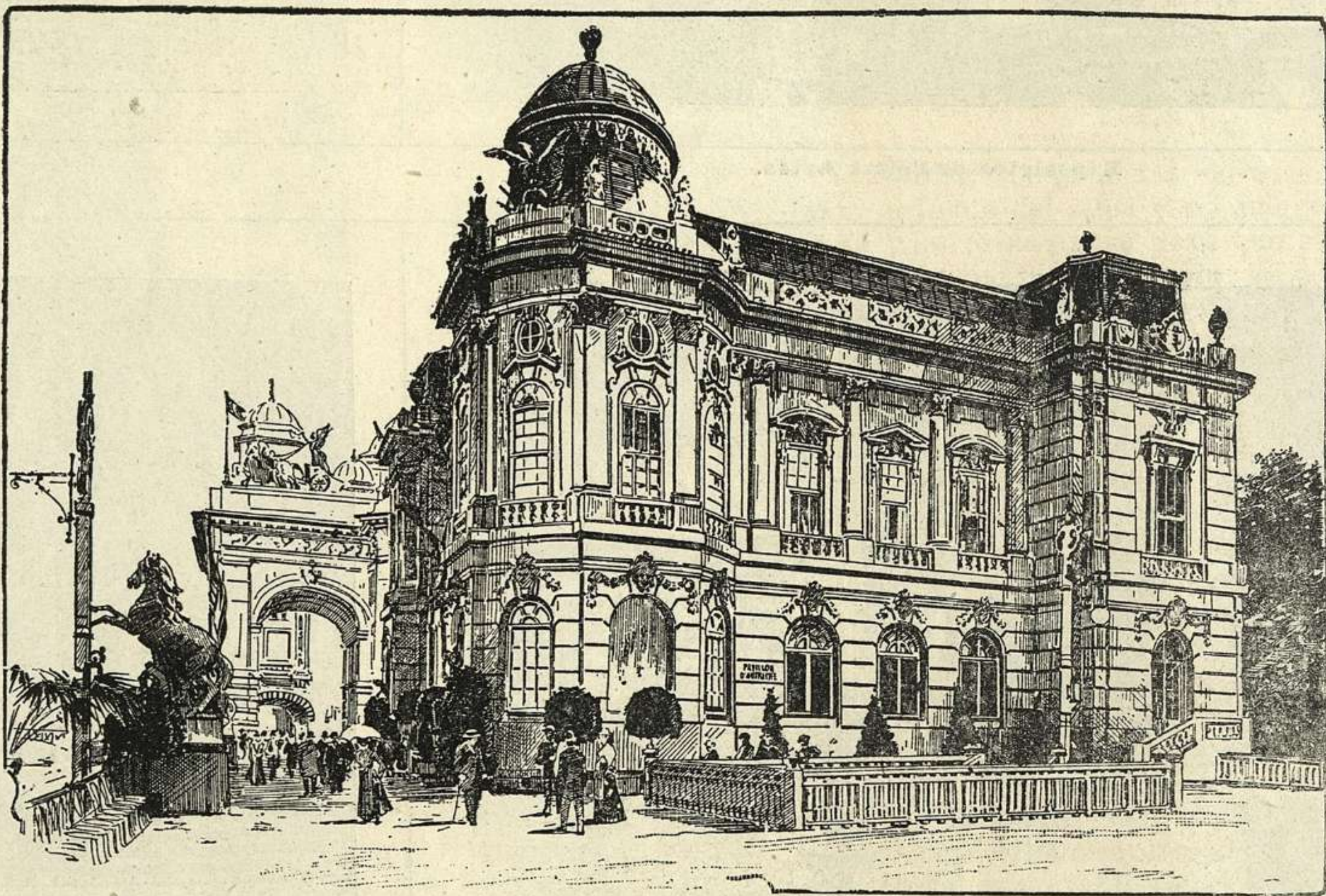
ta, de esta extraña yuxtaposición política, que constituye el imperio austro-húngaro.

El pabellón de Austria es cuadrado. Su techo de pizarra está hecho á la Mansar. Una cúpula ovoide corona uno de los ángulos.

La simetría de la fachada se limita á los dos ante-cuerpos; el de la derecha, dando la espalda al Sena, es poligonal y forma pabellón de ángulo, como si el pabellón estuviera en una esquina de calle.

La ornamentación escultural es abundante, como en todos los edificios de estilo barroco. Este estilo, el "barocco" italiano del Bernin y de Borromini, partió de Roma á mediados del siglo diecisiete y cruzó toda la Europa, afrancesándose con Boffrand, españolizándose con Churriguero, britanizándose para convertirse en el "estilo abombado" que triunfó mucho tiempo en Inglaterra, germanizándose con los dos Fischer, padre é hijo, que fueron los arquitectos de la Hofburg. El estilo barroco, es de arquitectura escultural (Bernin era, en efecto, escultor.) En sus excesos, no conocía las líneas rectas ni las superficies planas. Es, en el exterior de las construcciones, lo que el estilo "rococo" para los interiores.

El pabellón Austriaco, tiene, por tanto, una sobriedad relativa. Salvo algunos detalles de la fachada, el resto es de un gusto firme, aunque un poco pesado.



El Pabellón Imperial de Austria.

del Norte, y que le hizo franquear en tres horas y algunos minutos los trescientos kilómetros que separan al Calais marítimo de París. El convoy real se componía de un furgón de la Compañía del Norte, de un wagón-restaurant de la Compañía de wagoes-dormitorios, de un salón-victoria real P. R. No. 1, y de un wagón de 1a. clase, de la misma Compañía del Norte.

Su Majestad fué recibido á su llegada por el Presidente de la República, acompañado de M. Delcassé, Ministro de Negocios Extranjeros, del General Bailloud, jefe de la casa militar presidencial, y de M. Croizier, director del Protocolo.

M. Loubet, para aquella ocasión, había adornado su solapa con la condecoración del "Serafín," que el Rey le ofreció la mañana siguiente al día en que el Congreso de Versailles le elevó á la Presidencia. Esta orden, cuyo color es azul celeste, no aporta sino el grado de caballero, y no se da sino á los soberanos.

El Rey llevaba una rosa que reunía la orden de la Legión de Honor, la medalla militar y la medalla de salvamento, combinadas.

La esposa del Ministro de Suecia, en París, Mme. Ackermann, ofreció flores al ilustre viajero. Las más altas personalidades de la colonia sueca estuvieron presentes en la Estación. Su Majestad se dirigió en seguida al suntuoso hotel de la avenida del Bosque de Boulogne, destinado exclusivamente á los huéspedes coronados, y á la mañana siguiente hizo su visita oficial al Elíseo.



S. M. el Rey de Suecia allegar á la estación del Norte.

EL PABELLÓN DE GRECIA

Las vicinidades geográficas, tanto como las proporciones territoriales, no han sido observadas en la calle de las Naciones en la Exposición de París. De modo que la Grecia se ha colocado entre Servia... y la Suecia y la Persia, entre Luxemburgo y el Perú. Pero nada puede reprocharse á este arreglo fantaseísta, puesto que es armonioso.

Así, pues, en la presente Exposición no hay que ir á buscar la imagen política del mundo civilizado, sino solamente una imagen arquitectural enteramente independiente de su vecina.

Los ladrillos azules del pabellón de Grecia, se unen á los ladrillos rosas, en un efecto de gracia encantadora, que mucho ha agradado al escritor francés Anatole France... "Lo que hay que aplaudir en esta obra, dice el mencionado escritor, es que la materia prima es preciosa, ó cuando menos, sincera, rara cualidad en una construcción extranjera. Así, ved qué fino y brillante es su color, lo dulce que son los tonos azules y rosas de estos mosaicos, y hay que admirar, que bajo ese pórtico, el mármol de las columnas blancas tiene venas de ágata. No falta, pues, sino un listón de laureles, palomas sobre los tallos de las cúpulas y el sol de la Atica. Habéis visto, continúa Anatole France, habéis visto sobre la ruta polvosa de Atenas, entre los grises olivos, los muros rosas del monasterio de Daphné? Me figuro á Daphné ante ese hermoso edificio, (el pabellón de Grecia) construido de una manera tan original sobre el tema bizantino.

La armadura de los arcos y de las cúpulas es de fierro vaciado. El arquitecto, M. Lucien Magne, supo relizar de esta manera la construcción de una obra moderna, uniendo la gracia antigua á un "material" nuevo.

EL PABELLÓN DE PERSIA

La cerámica triunfa en el pabellón de la Persia. Sus materiales, sin embargo, no son persas. Han salido de la gran fábrica de Ivry, donde se han descubierto tantos procedimientos antiguos. La Persia moderna no hubiera podido enviar unos estucados tan finamente trabajados y pintados.

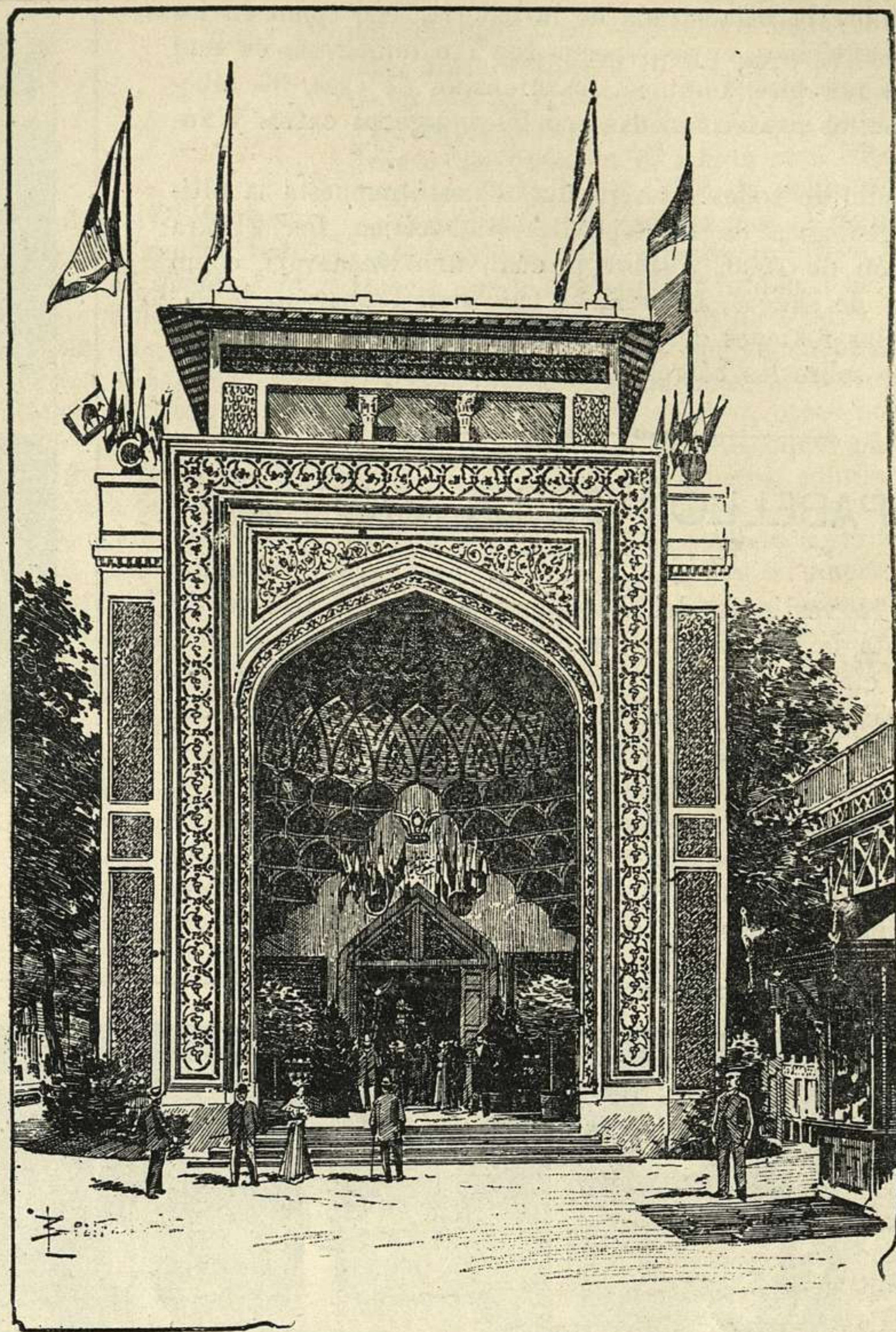
El pabellón está, según se dice, inspirado en el palacio de Madresseye-Maderschabi, uno de los juguetes arquitectónicos de Ispahan. Sobre el puente de la puerta de honor, están escritos en Persa el nombre y títulos del soberano actual: "El Sultane Mozaffer ed din Shah Kadjar."

Sobre esta inscripción figura la corona imperial.

En el interior reside el Oriente tradicional: los divanes, los tapices, los cortinajes de reflejos metálicos, las armas damasquinas, los vasos de cobre, los bordados, las telas tejidas de seda y oro. En un lado todo esto se encuentra en calidades variadas; hay cosas hermosas, mediocres y malas: es el bazar de venta. Del otro, nada sino lo muy hermoso, los tapices antiguos de un valor inestimable, los cogines cubiertos de encajes de sala maravillosamente bordada de oro, los vasos preciosos, un amontonamiento de riquezas un poco fatigante para los ojos; es éste el salón del Shah de Persia, esperado el presente mes, después de su estancia en Contrexéville.



Inauguración del Pabellón de Transvaal.



Pabellón de la Persia.

EL PABELLÓN DEL TRANSVAAL.

El pabellón oficial y la granja bóera que, con las construcciones de las minas de oro, componen el conjunto de la Exposición del Transvaal, acaban de ser abiertas al público.

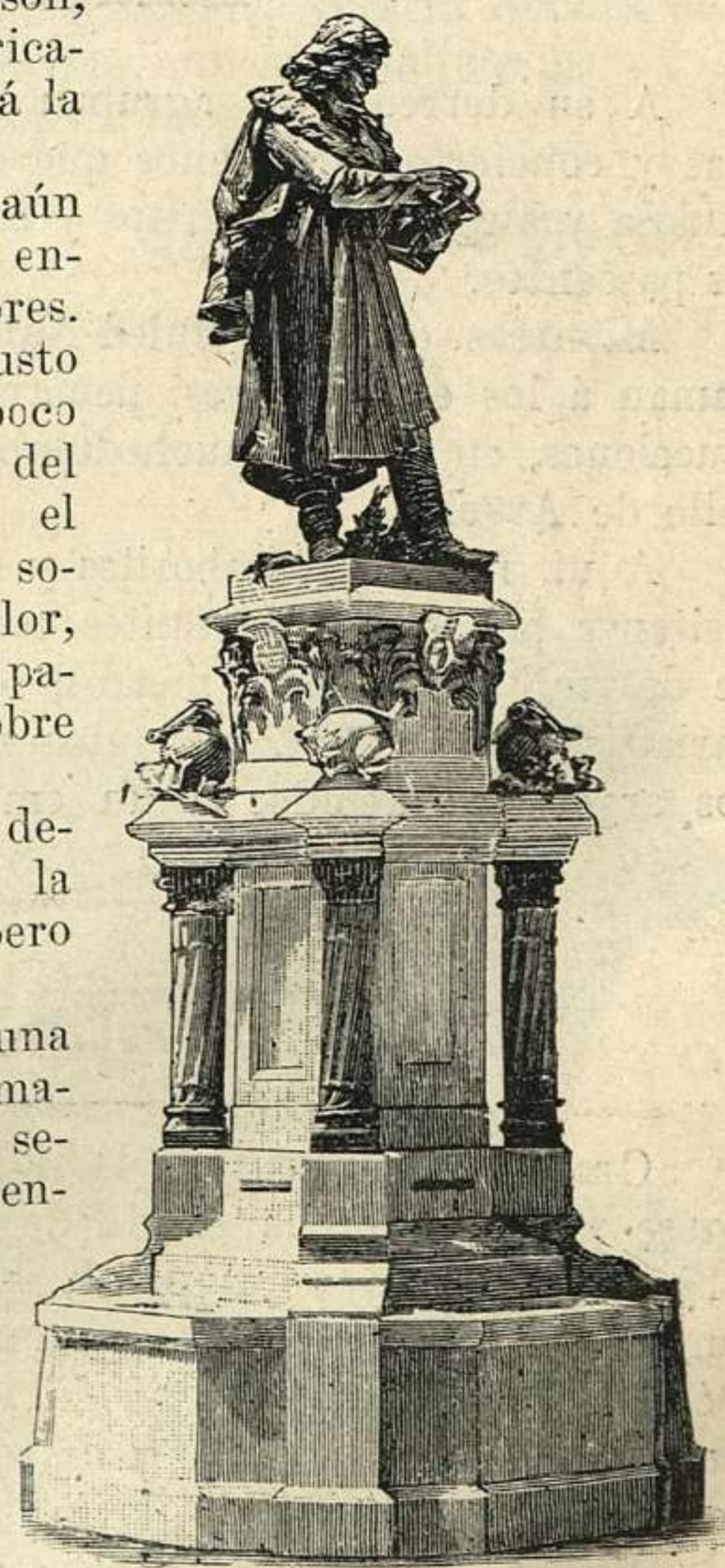
Triste, bien triste inauguración, sin recepción y sin brillo; el público admitido en el coqueto pabellón, tan fresco, tan elegante con su decorado enteramente blanco y oro, no ha experimentado la sensación que se debía esperar del feiz decorado de las salas. Parece que un velo negro reviste las blancas columnas, y la simpatía popular es tan fuerte, en favor de los infortunados bóeros, la piedad y la emoción son tales, que los visitantes se adelantan lentamente, la cabeza baja y hablando á media voz. Se tiene la impresión exacta de la llegada de los invitados á un día de entierro, y gran sorpresa causa no ver á Mr. Pierson, Comisario General de la República Sud Africana, recibir los apretones de mano destinados á la familia.

Esta impresión fúnebre está aumentada aún en el interior, por el pequeño salón instalado entre la columnata interior y una de las exteriores. Allí, en una semi-obscuridad, se yergue el busto en mármol del Presidente Kruger, y un poco más atrás, sobre los caballetes, los retratos del Dr. Leids y del General Joubert, cubierto el último de crespón; en medio de la estancia, sobre una mesa, se encuentra un bouquet tricolor, ofrecido por un grupo anónimo de obreros patriotas, semejante á una corona colocada sobre una tumba.

No lejos de esta sala fúnebre, el público se detiene á contemplar con estupor el cañón de la guerra de 1880, fabricado por un herrero bóero con yantas de ruedas!

En medio del patio interior se encuentra una gran urna llena de pájaros y de pequeños animales. El fondo de la sala está ocupado por una serie de pinturas al óleo, que representan diferentes vistas de la fábrica oficial de explosivos de Moderfontein, que produce la dinamita y que ha provocado la grave cuestión de los explosivos, punto de partida de una de las reclamaciones inglesas.

Cuando se llega al primer piso, en la galería circular, se escapa el visitante un poco á la tristeza ambiente y no puede menos de interesarse en los tapices de pieles curiosas,



Monumento de Copérnico.

expuestas sobre la balaustrada de la galería, así como en los despojos de antílopes, cuyas especies son tan numerosas en Sud Africa. Son notables, también, los utensilos de casa, los bibelots y estatuitas confeccionadas por los indígenas cafres y zulues.

En medio de todos estos productos, está expuesta la última carta geológica de la República Sud-Africa, hecha para la Exposición de 1900, y sobre la cual, una línea roja, como impregnada de sangre, muestra al lado del Transvaal, la superficie de las regiones del oro, causa de las desgracias que se han abatido sobre los bóeros.

EL PABELLÓN DE LA ARGELIA.

Sobre la vertiente del Trocadero, cerca del puente de Jena, levanta la Argelia sus blancos minaretes y sus cúpulas, cuyo brillo cintila al sol. Sus dos grupos de edificios dan alegría y animación á la vasta vía que conduce por detrás del Sena, del Campo de Marte al Trocadero.

El primer grupo de construcciones está consagrado á la exposición oficial de los productos argelianos, mientras que el otro, está exclusivamente dedicado á las distracciones. Este par de grupos está cortado por una calle, reproducción de una vía argeliana, muy curiosa, con sus tiendas y sus cafés.



Pabellón de Argelia.

lacio, rodeado de los funcionarios y guardado por un pelotón de marinos.

Pero el peligro para los extranjeros no reside solamente al rededor de la capital del Imperio Central. Hasta estos últimos días se encontraba en Yunnan un personal técnico, de ingenieros y conductores, ejecutando los trabajos preparatorios de la vía férrea, que debe unir al Tonkin con la capital de la provincia.

Un alto funcionario del Ministerio de Negocios extranjeros, servía de intermediario entre la dirección de los trabajos y las autoridades chinas.

Hace algún tiempo, la agitación que se ha manifestado al Norte de la China, se demostró, igualmente, al Sur, hasta el punto de que el Cónsul francés creyó deber armar, para defenderse, al personal del consulado y de los caminos de fierro.

Esta agitación contra los extranjeros, ha redoblado su fuerza en estos últimos tiempos, tan amenazadora para los europeos, que el virrey se declaró impotente para protegerlos. Por un telegrama reciente, el Cónsul francés, Mr. Francois, hizo saber al Ministerio de Negocios extranjeros, que le parecía necesario replegarse sobre el Yunnan con todos sus agentes y los misioneros.

Las ultimas noticias son de menos en menos tranquilizadoras; el Príncipe Ching, presidente del Tsun-li-Yamen ha sido reemplazado por el Príncipe Tuna, padre del presunto heredero y favorable á los boxers.

Preciso es esperar que los últimos cablegramas no se confirmen; pero deben temerse noticias graves, y la deposición de la Emperatriz viuda parece absolutamente indicada.

De creerse es, por otra parte, que el formidable movimiento boxer no encuentre resistencia formal, lo que le hará aumentar en vigor y llegar quién sabe á que terrible magnitud.



Escalera de honor del Pabellón de Austria.

A su derredor se agrupan varias distracciones, panoramas y conciertos argelianos que atraen á toda una población ruidosa y alegre, cuyos gritos y cantos detienen á los numerosos paseantes.

Mientras que los Ouled-Naïls más ó menos auténticos, llaman á los espectadores, penetremos al otro grupo de construcciones, en que la muchedumbre es tan grande como en la calle de Argel.

Aquí, nada de tamboriles y clarinetes, pero se ofrecen al visitante bellas é interesantes cosas sobre un espacio de más de dos mil ochocientos metros, se escalonan salas y patios de variadas dimensiones, elegantes reproducciones de monumentos argelianos debidos á un eminente arquitecto.

LOS "BOXERS" CHINOS.

Grande es en Europa la inquietud, porque todo el mundo se preocupa de la suerte de los extranjeros que están en China en peligro permanente. En Pekín todas las legaciones europeas están agrupadas en una misma calle, excepto la de Bélgica. Cada una de estas legaciones está guardada por un destacamento de soldados y de marinos, y justamente publicamos una fotografía de la de Francia, en la que se puede ver á Mr. Pichón, Ministro Plenipotenciario de aquella República, á quien, según los últimos despachos, dan por asesinado en Pekín, juntamente con el Ministro inglés, en el umbral de su pa-



Legacion de Francia en Pekin.

LOS ZAPATOS VIEJOS.

Aunque una gitana desgreñada y negruzca le había predicho que llegaría á apalearse el oro, Pedro Nolasco ya iba descendiendo la árida cuesta de la vejez sin que viese el suspirado instante de mejorar fortuna. Siempre sentado al pie del tamborete ó bastidor, donde bordaba con femenil paciencia—él fué uno de los muchos del gremio que dieron nombre á la calle de Bordadores,



en Madrid,—apenas si el jornal alcanzaba á mantenerle de más gachas que jamón y más lentejas que tocino, y pagar su humilde ropa y el alquiler de su exiguo tabuco. Y desenredando y devanando el retorcido hilillo dorado con que recamaba casullas, estolas y mantos de imagen, solía pensar para el raído coletito: “La maldita gitana hablóme de apalearse el oro, porque siempre lo traigo entre mis manos pecadoras... Chanflonerías de bruja, para burlarme y dejarme con un palmo de narices.”

Con estos melancólicos pesares batallaba una tarde Pedro Nolasco, en ocasión de estar realzando las barrocas rosas del velo de seda que un devoto quería regalar para su fiesta á Nuestra Señora de la Guadalupe,—cuando en la puerta de su chiribitil se incrustó una figura de mujer desarrapada, y una voz ronca y dejosa articuló:

—A la pa e Dios... A echarte la buenaventura vengo, zalao.

—A poner pies en polvorosa ahora mismo es á lo que vendrás—exclamó el bordador montando en cólera, al reconocer á la empecatada egipcia.—Más de diez años hace profetizaste que yo sería rico, y aún sigo picándome los dedos con la aguja y cegándome los ojos con el bordado. Quitátele en medio, ó sino...

—Avinagrao, desconocío—contestó la gitana con sorna—ahora te voy á cantar la verdá más fija que el sol que nos alumbrá. Rico serás, y en doblones has de ajogarte mu luego; pero ya que no das albricias á los que te traen el bien e Dios, no te ha de aprovechar ná, y has de querer gortverte á tu miseria, y á pintar esas rosiyas pa los zantos. Y agur, y á la sepultura te yeven tus dineros, tiñoso.

Pronunciada la sentencia, la bohemia desapareció, no sin que Nolasco se levantase hecho un basilisco, resuelto á dar una mano de puñadas y coces. Tardó en apaciguársele la ira, que no tenía sobre quién recaer, y aquella tarde no hizo cosa de provecho; temblábale el pulso, las hojas de rosa se desfiguraban, el tafetán se encogía y el delicado hilillo se confundía y embrollaba entre

los dedos. Durmió muy mal y despertó despavorido, viéndose rodeado de gente; un gentío, todo el barrio se agolpaba á su puerta; le sacudía por los hombros á empellones un venerable clérigo,—acabado de bajarse de la mula en que venía desde Toledo, para noticiar á Pedro Nolasco el fallecimiento de su tío Don Ramón Trijueque Salas, opulento negociante en paños y sedas, el cual dejaba por único heredero al humilde bordador.

Pedro Nolasco pensó si era alguna pesadilla. No recordaba á su tío, no comprendía por qué le daba éste tal prueba de afecto, y todo era pellizcarse á ver si, en efecto, despertaba. Por fin, hubo de convencerse, y de súbito entrando en él un gozo desatinado, sin poder contenerse, rompió á bailar el fandango, con tales piruetas y mudanzas, que lucía y mostraba patente la suela de los zapatos, únicos que poseía, ya bien maltrechos por el uso. Reparando en ellos un solícito vecino de los venidos á felicitar, prorrumpió: “Corro á traer al señor Pedro Nolasco unos zapatos nuevos, pues no es razón que tan poderoso caballero esté tan mal calzado.” Y salió, y volvió con los zapatos en menos que se cuenta, y el afortunado bordador, atónito de alegría, dejóse descalzar y calzar hecho una estatua. ¡Para fijarse en menudencias estaba él! Todo se le volvía preguntar y repreguntar á cuanto ascendía la sucesión, que salió más pingüe de lo que podía calcularse así de pronto. Dehesas en Extremadura; olivares en Jaén; fértiles cigarrales en Toledo; casas en la misma corte; telas, muebles, plata labrada por arrobas, de todo diéronle posesión sin tardanza á Nolasco, y para los primeros gastos halló en arquillas; cofres repletos bolsones, donde el sonido delicioso del oro hacía música celestial entre las mallas de seda verde. Acordóse Nolasco de la gitana, y rápida nube pasajera obscureció su alborozo.

Poco tardó en serenarse y entregarse á gozar de su suerte, mudándose á espaciosa y señorial vivienda, admitiendo criados y montando casa según correspondía á su nuevo estado de fortuna. A fuer de rico, dedicóse á pasarlo regalado y ocioso, y presto se hizo muy melindroso y exigente, poniendo á todo defectos y reparos, llamando bazonía á los platos exquisitos, y trapos á la holanda y al velludo. Dimanaba quizás la impertinencia y descontento del enriquecido bordador de una pequeñez, de una nadería en que tropezaba, pero que iba amargándole infinito los gustos: su calzado. Desde aquellos primeros zapatos que le trajo un vecino oficioso, cuantos ponía le molestaban y lastimaban, llegando gradualmente á producirle sufrimiento intolerable. Fuese que padeciese de gota, fuese que sus pies, cargados por el reposo y la vida sedentaria de bordador, no consintiesen opresión alguna, es lo cierto que pasaba Nolasco las penas del purgatorio. Todo se le volvía zarandear al maestro de obra prima, encargarles pares y más pares, y, últimamente docenas de pares, sin que, probados uno tras otro, advirtiesen algún alivio los pobres pies magullados y en tortura.

Echóse Nolasco á recorrer una por una las zapaterías de la villa y corte, que fué infructuosa diligencia. A cada salida, el dolor de los pies se encrucecía y redoblaba. Ya eran punzadas violentas, ya latidos sordos y desesperantes, ya un continuo roer como de can furioso, ya

un estirar análogo al que da en el potro la cuerda del verdugo. Y así se pasaba el malaventurado Nolasco noches y días, en un puro ay, maldiciendo de su suerte, renegando de Dios y de los hombres. ¿No había persona caritativa que le curase?—De pronto clavósele en el magín una idea. Recordó que cuando le había caído de golpe y porrazo el fortunón, no le hacían los pies el menor daño, y tenía puestos unos zapatos infelices, viejísimos. Mandó que le trajesen sin tardanza de las ropaverías, prenderías y puestos de Pasto, los zapatos más llevados y traídos que se encontrasen. Presentáronle cestos de galochas, pero ninguna venía á su pie; unos por estrechos, otros por holgados en demasía, éste por torcido, aquél por arrugado y duro, los asquerosos zapatos, sobre revolver el estómago y encalabrarle los nervios, no remedaban su mal. Este había llegado á ser intolerable. El exbordador pedía á gritos la muerte. Sus porvidas, pesías y reniegos, de una legua se oían. Escandalizados tenía á los servidores, espantado al médico, que veía inútiles sus unguentos y emplastos, y horrorizado al buen clérigo que le había traído la herencia. Y he aquí que de improviso Nolasco llama al vecino que le había descalzado en memorable ocasión, y le ofrece una porrada de dinero si le devolvía sus zapatos del tiempo de la miseria.

—Es el caso—dijo el vecino apurado y confuso—que los tiré al estercolero de la plaza, y á saber dónde habrán ido á parar! Haré diligencias por encontrarlos, pero desconfío.....

De allí á pocos días, el vecino se apareció con ciertos zapatos muy semejantes á los de Nolasco—todos los zapatos de desecho se parecen;—pero el engaño conocióse al ponerlos: al enfermo no le venían; el vecino, codicioso de la recompensa, había traído cualquier calzado, un par suyo, probablemente. Y Nolasco siguió poniendo el lamento en las nubes, retorciéndose y rabiando, hasta que un día, entre alaridos, rugió:

—¡Mi caudal entero daría por mis zapatos viejos, los únicos que no me destrozaban los pies!

Transcurridos breves instantes, el criado, respetuosamente, anunció que allí estaba una gitana muy deseosa de entrar á ver á su señoría, y con promesa de curarle.

—Qué pase esa hija de Satanás—chilló el desesperado.

La gitana cruzó la puerta; era la misma bruja de la predicción, negra, siniestra, horrible.

—Vengo—dijo con retintín—á entregarte tus zapatos, y por ellos me darás cuanto heredaste, tiñoso. Ya ves si acerté. Te anuncio que renegarías de la suerte, porque para vivir rabiando, mejor vives trabajando. Giiérvete á tu tienda á ganarte el pan. ¿Trato hecho?

Pedro Nolasco se irguió, besó la mano de la gitana, recobró sus viejos zapatos como recibiría un pedazo de “Lignum crucis,” y corriendo se volvió á su tabuco, donde Nuestra Señora de la Guadalupe hizo que nunca le faltase pan, y le concedió una buena muerte.

Emilia Pardo Bazán.



Onda perfida

— A LOLA Y LUPE RAMOS PEDRUEZA. —

... ¡Dicen que por cortar un amarilis
que vió junto á la orilla!
Por eso cuando Juan vino á sacarla
de la pérvida linfa
donde presa quedó, entre las raíces
de una gigante encina,
apretada la flor entre sus dedos
estaba todavía....
¡Triste esperanza la que sólo encuentra
en su angustia infinita,
una pálida flor de donde asirse
para salvar la vida!

Y así, pálida y muerta
como la florecilla,
Juan el barquero la sacó del río,
mientras todos decían:
“ved que tiene los ojos entreabiertos...
parece estar dormida....
pensad lo que dirá su prometido
cuando le llegue la fatal noticia...
¡él, que alegre se fué, porque la dijo
que á casarse volvía
cuando el trigo estuviese ya cortado
y la cosecha del maizal vendida!
¡que le quiten la flor de entre los dedos,
que la desaten, pronto, aquella cinta,

para que se la lleven á su novio
en señal de un amor sin despedida!”

Y mientras le desatan los cabellos
y de las manos frías
le arrebatan la flor, por la vereda
tortuosa que desciende hasta la orilla,
se escucha, tras los árboles,
un largo crepitar de hojas caídas;
luego un grito de angustia
que se pierde en la tarde pensativa...
y al fin un gran sollozo....
¿quién se acerca?... es una viejecilla
que corre hacía el cadáver y lo abraza,
y al oído le grita:



“¡respóndeme si no quieres que muera!
¡respóndeme, hija mía...!”

... Todos tienen el rostro contristado,
nubladas las pupilas....
Y mientras unos dicen: “¡pobre muerta!”
otros murmuran: “¡pobre viejecilla!...”

María Enriqueta.

Sabinas (Coahuila).

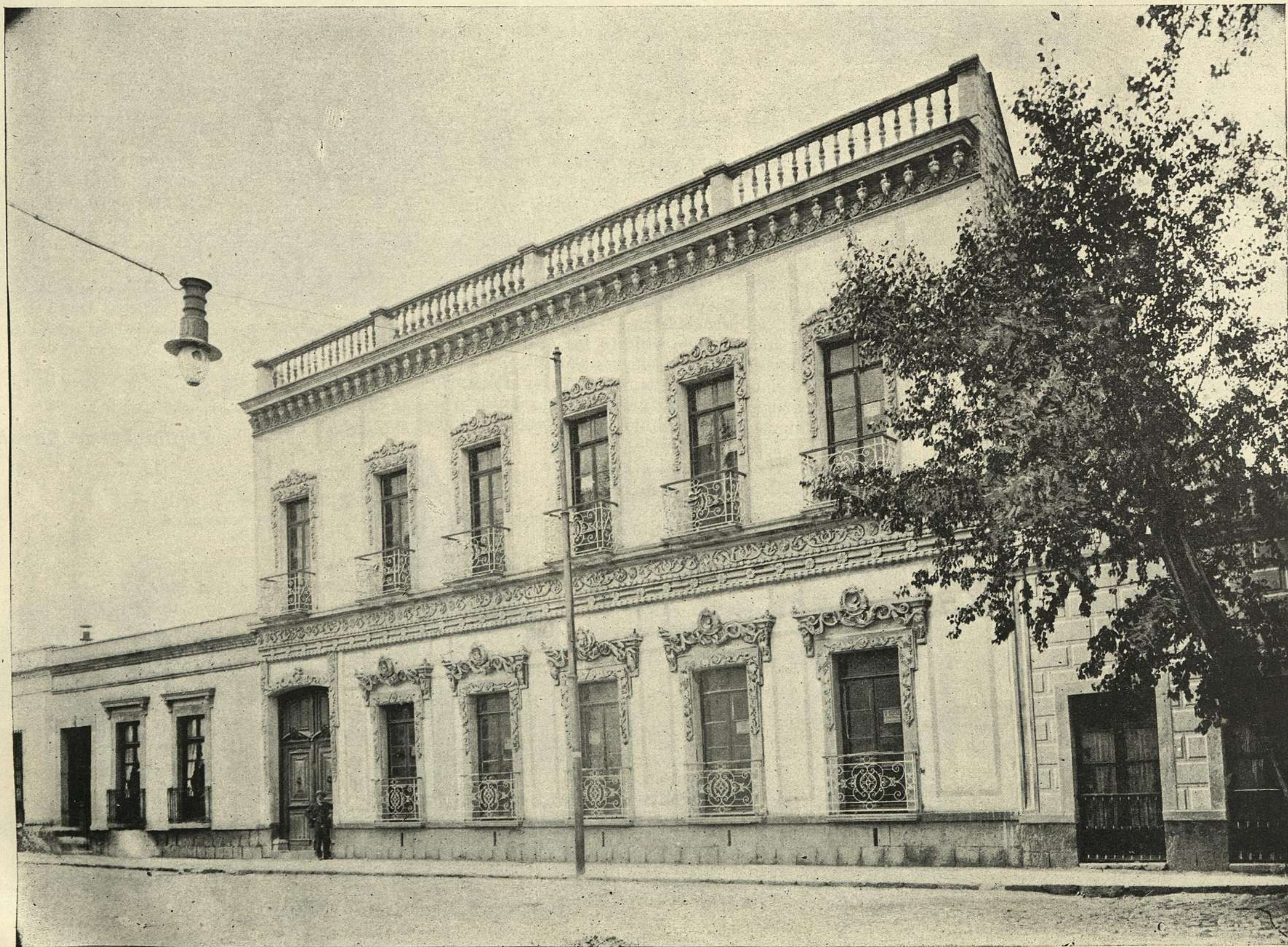
Damas mexicanas.



Sra. Berta Fernández de Arellano.

El 4 del actual se celebró en el templo de Santa Teresa una de las más suntuosas ceremonias nupciales del año en curso: la muy estimable señorita Berta Fernández, hija del señor Don Serapión Fernández y de la señora Doña Agapita Anaya, contrajo matrimonio con el distinguido caballero Don Carlos Arellano y Zapian.

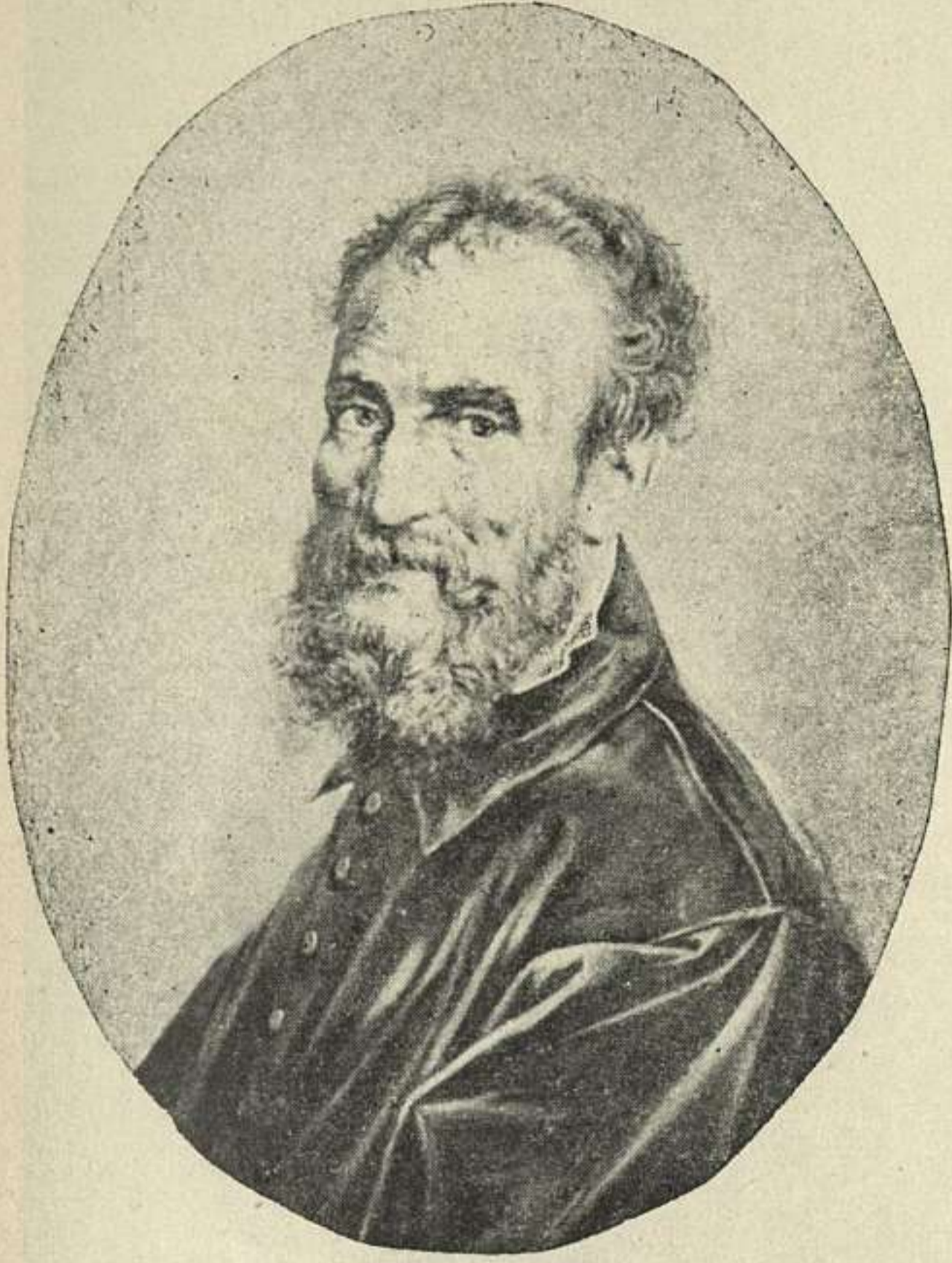
Muy acreedores son los nuevos cónyuges á disfrutar de la felicidad que les deseamos.



Casa núm. 4 de la 3ª del Ciprés, Proyecto, construcción y propiedad del Sr. Coronel de Ingenieros D. Adolfo M. de Obregón.

Miguel Angel y Rafael.

Entre todos los grandes artistas que ilustraron esa época artística que llamamos "Renacimiento," porque en ella con nuevo vigor renacieron las bellas artes en todas sus manifestacio-



Miguel Angel.

nes, hay dos figuras que descuellan en grandes proporciones, y cuya influencia en el Arte ha sido tan poderosa, que sus nombres no pueden ser desconocidos por ninguno que se precie de ser sencillamente culto: Miguel Angel y Rafael.

Parece increíble la enorme actividad artística que desplegaron ambos maestros y una somera narración de su vida basta para convencernos de que la inmortalidad no se conquista sino á costa de mucho trabajo, aun cuando el genio innato sea un factor necesario para conquistarla. En esta época actual, en que la pereza quiere presentárnos como un distintivo del temperamento artístico, es útil y necesario que se sepa ampliamente que los grandes artistas, los más grandes, los verdaderos inmortales, vivieron una vida de constante actividad y trabajaron de una manera asombrosa, sin lo cual no hubieran podido legarnos tantas indiscutibles pruebas de su genio, que son la base indestructible de su inmortalidad.

No pretendemos que Miguel Angel y Rafael llenen solos toda la gloria del Renacimiento; hay una enorme pléyade de artistas que igual derecho tienen á la general recordación: pero escogemos á los más populares, y sus vidas y creaciones bastan para darnos clara idea de lo que puede la energía de un verdadero artista.

Miguel Angel, nacido en 1475, ya había esculpido una buena estatua cuando fué á Roma por vez primera, de 1496 á 1499. Esa estatua llamábase "El Amor," y aunque no existe ya, sabemos por las crónicas de la época, que era de una factura tan hermosa, que el cardenal Riario, gran conocedor de obras de arte, la adquirió en la plena creencia de que se trataba de una obra desenterrada y perteneciente á la época de mayor florecimiento del Arte antiguo.

Cuando Miguel Angel se dió á conocer en Roma como el autor de "El Amor," el trabajo llamó á sus puertas con tesón, y durante su breve estancia en la ciudad eterna, tuvo que esculpir "La Pieta," que se halla hoy en San Pedro, el "Baco," que está en Florencia, y un "Cupido," que adquirió el negociante Jacobo Galli. Regresó á Florencia y en 1501 había ya concluido su colosal "David" y había dibujado el famoso cartón de la Batalla de Pisanos y Florentinos, para el gran cuadro mural del Palacio Viejo. Pero el Papa Julio II quería para Roma el talento de Miguel Angel y lo llamó de nuevo en 1505 y le encargó que le construyera para la Iglesia de San Pedro un monumento fúnebre soberbio, "como hasta entonces no se hubiera visto ninguno." Ese monumento no llegó á concluirse nunca, porque el inquieto espíritu del Papa concebía constantemente nuevos y grandiosos proyectos y obligaba al escultor á abandonar sus trabajos para em-

pezar otros nuevos. En sus memorias, Miguel Angel llama á ese monumento "la tragedia de su vida," porque su grandiosa concepción le torturó sin cesar y sin poderla realizar nunca. El Papa le obligó á abandonar el cincel y le encargó las pinturas de la Capilla Sixtina, que Miguel Angel ejecutó en cuatro años. Apenas concluidas, el Papa lo transformó en arquitecto y le hizo construir la hermosa fachada de la Iglesia de San Lorenzo de Florencia, que era la parroquia de los Médicis, familia del nuevo Papa León X.

En 1534 y concluida esa obra, Miguel Angel regresó á Roma, en donde se le encomendó la pintura de "El Juicio Final" en la Capilla Sixtina, labor que le ocupó hasta el año de 1541, en que la entregó á la eterna admiración del mundo. Fresco aún "El Juicio," Miguel Angel obedeció de nuevo al Papa, ejecutando sus pinturas en la Capilla Paulina, la Conversión de San Pablo y la Crucifixión de San Pedro, trabajos que le lastimaron notablemente la vista.

Pero la mejor prueba de que su genio de artista no se había debilitado, fué la construcción definitiva de la Basílica de S. Pedro, cuya dirección le fué encomendada y aceptó á la edad de setenta años, desempeñándola hasta su muerte.

¡Admirable vida de artista! El conjunto de sus obras, tomando en cuenta simplemente el tiempo necesario para ejecutarlas en lo material, hace estremecerse á cualquier artista de nuestros días. Miguel Angel, arquitecto, pintor, escultor, es siempre grande, siempre admirable; por último, fué también poeta, y dejó una hermosa colección de sonetos. ¿Cómo fué el portento? Un moderno escritor francés lo explica así: ¡Miguel Angel era un genio, que no bebía ajenjo!

Es cierto que la actividad de Rafael no abarcó tantos ramos como la de Miguel Angel, pero estudiando sus obras con detenimiento salta á la vista la enorme labor preparatoria que tuvo que cumplir para llevarlas á cabo, pues si la ejecución artística es en ellas admirable siempre, el alcance de las ideas inspirativas es verdaderamente portentoso y nos revela que la erudición de Rafael estuvo á la altura de todos los conocimientos de su época. Curioso es, en verdad, seguir paso á paso el desarrollo de su facultad artística á través de sus obras y en pocos maestros de su



Rafael.

categoría son tan perceptibles el proceso del perfeccionamiento y el esfuerzo constante y sostenido por alcanzarlo.

El gran maestro empezó sus estudios en Perugia y su "Coronación de la Virgen," por ejemplo, ostenta claramente el estilo umbro, que va transformándose en breve en toscano, á la influencia de los estudios hechos más tarde en Florencia como lo demuestra su "Descendimiento de la Cruz," que está en la galería Borghese, para consolidarse, en fin, en ese estilo genuino é individual que propiamente no pudiéramos llamar sino "rafaelista." Este es el que abarca el tercer período de su vida y que se manifiesta en la "Fornarina" de la galería Barberini, en el "Violinista" del palacio Sciarra, y sobre todo, en la "Transfiguración" del Vaticano, que fué su obra postrera.

Especialidad en Rafael fué el fresco, y de hecho en el fresco se basa su celebridad. Sus pinturas murales del Vaticano producen efecto de obras sobrehumanas, ya sea que se las considere en conjunto ó en detalles. Allí la idea es tan admirable como el procedimiento artístico, allí demostró el maestro su teoría de que el verdadero artista no puede ni debe limitar sus facultades á la educación de los sentidos ni á la espontaneidad de la concepción, sino que tiene que aprender mucho, mucho que estudiar en abstracto, ya que la ciencia y el arte se dan la mano tan á menudo, como hijos que son ambos del hombre intelectual.

Grande y muy notable es la pléyade de pintores rafaelistas, que aún después de la muerte del maestro siguieron infundiendo nueva savia en el Arte, y cualesquiera que sean las evoluciones que éste haya sufrido posteriormente y sufra todavía en lo futuro, nunca serán bastantes para borrar ni amenguar la gloria de los maestros del Renacimiento, porque ellos ejecutaron una labor consciente y exacta, como ha dicho Taine: "sabiendo á dónde iban y de dónde venían."

Lo cual sucede á muy pocos artistas de nuestros días.

Oscar Herz.

SUEÑO DE OPIO.

En esa hora gris, en esa hora
Muda y sombría en que el dolor embriaga,
Y en que parece el novio de la aurora
Una ascua inmensa que en el mar se apaga,

Yo levanté la piedra de tu fosa,
La dura piedra que la vista ataja,
Y desleída, horrible y asquerosa,
Te ví en el fondo de la negra caja.

Los hambrientos gusanos ¡cómo hervían!
En esas formas que adoré por bellas:
De tus ojos las cuencas parecían
Ya sin pupilas, ¡noches sin estrellas!

Húmedo el cráneo y sin cabellos, mustia
La sien, regazo de mi boca ardiente,
Abierto el labio en espantosa angustia
Deforme el seno, sin candor la frente.

Tu cuerpo, que era un vaso de perfume,
Con su olor nauseabundo me asfixiaba;
¿Qué aroma mundanal no se consume?
¿Qué carne no se pudre y no se acaba?

Así te ví, y entonces un reguero
De llanto desprendióse de mis ojos,
En tanto que el cruel sepulterero
Me ocultaba tus lívidos despojos.

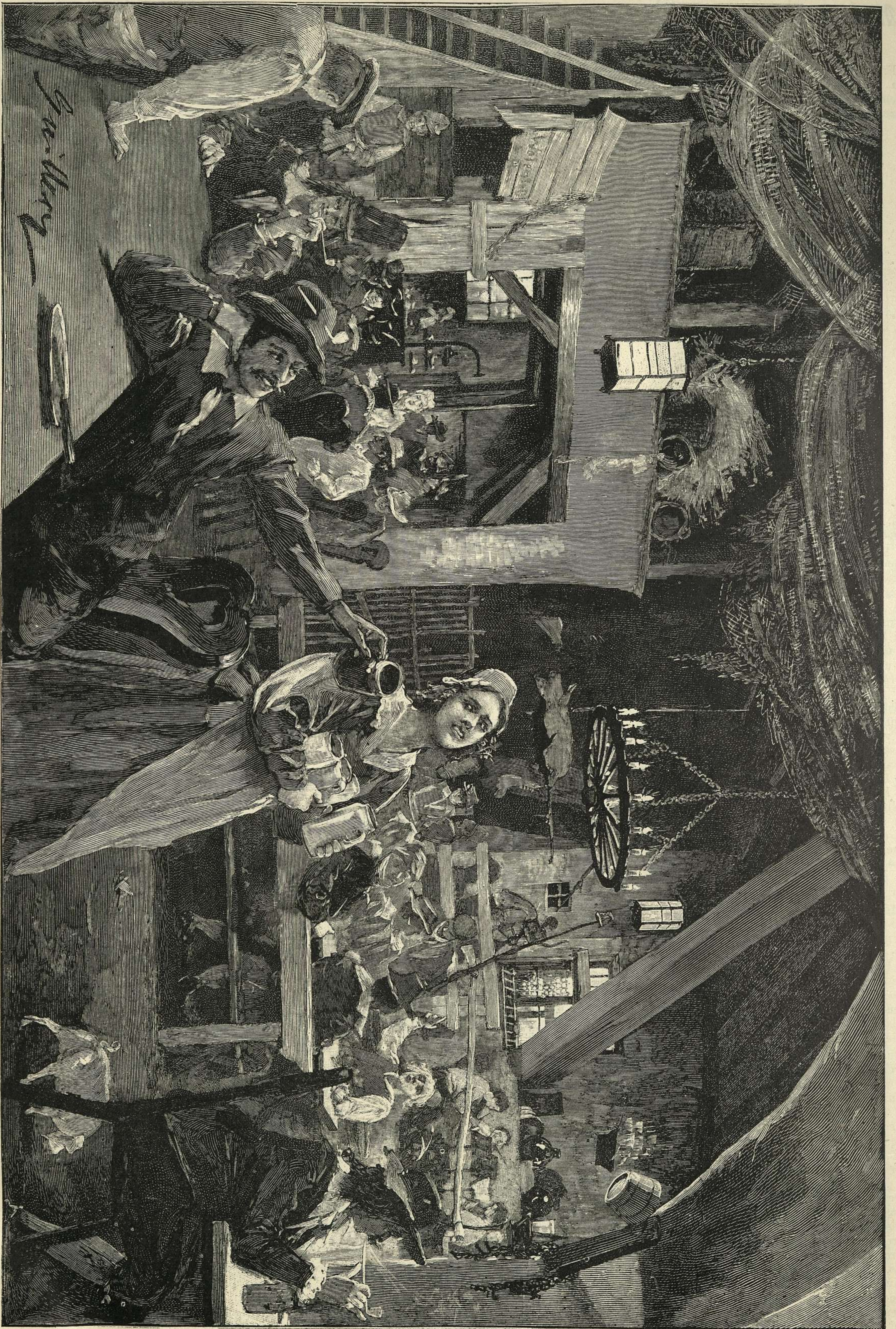
¿Por qué tiembles? ¿Por qué frunces el ceño?
¿No te ha gustado mi doliente historia?
Nada temas, que todo ha sido un sueño
Que he querido grabar en tu memoria;

Para hacerte saber que la hermosura
Y la gracia que en tí el amante advierte,
Van á ser en la hueca sepultura
¡Regocijo insaciable de la muerte!

Y que tan solo la virtud bendita,
Es á un tiempo, al brotar su hermosa lumbre,
Astro que en el espíritu gravita...
¡Flor abierta en la misma podredumbre!

Julio Flores,
(Colombiano.)





RINCON DE TABERNA.